

ANDY BEN DESGARR



Desgarro

Andy Ben

Traducido por Marcela Gutiérrez Bravo y Yara María
Bravo

“Desgarro”

Escrito por Andy Ben

Copyright © 2016 Andy Ben

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por Marcela Gutiérrez Bravo y Yara María Bravo

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

DESGARRO

Los derechos literarios de esta obra son de exclusiva propiedad del autor.

Cada referencia a hechos realmente acontecidos o personas que existen en realidad, debe considerarse casual.

Dedicado a
Ilaria

Prólogo

En el pequeño recuadro brillante se destacan las formas de las construcciones, en su mayoría, se trata de edificios de viviendas, que se levantan hacia el cielo, partiendo de una base de coloridas tiendas cuyos letreros iluminan la avenida, mientras el día llega frenéticamente a su final.

En el breve lapso de tiempo que los ciudadanos milaneses dedican a la cena, Corso Buenos Aires se vacía para prepararse a recibir a las personas de la vida nocturna que pasan por aquí para llegar a los bares y locales nocturnos de Corso Como.

En un ambiente casi silencioso y más bien irreal, una mujer en traje oscuro avanza decidida ocupando un espacio siempre mayor en el rectángulo que encuadra la acera.

Las voces que se escuchaban hace unos minutos, y el sonido de las persianas que se bajan, el tintinar de los candados y de las cerraduras que cierran es ya un recuerdo lejano.

Montado en mi enduro estacionada, en compañía de uno de los relojes verdes municipales que marcan las siete cuarenta de la tarde, continúo mirando a la mujer. Tiene apretada a la izquierda una bolsa grande, pero no lo suficiente para contener enteramente un paquete envuelto en papel de un tono azul pálido.

La mujer, con su aire habitual, casi ha llegado a donde estoy.

Me giro hacia atrás para observar, todavía una vez, que la placa de la moto esté elevada horizontalmente, a fin de no ser revelada.

La mujer llega a donde estoy y da cara al callejón.

Bajo la visera del casco, extraigo el pedal de marcha y con un rápido movimiento activo el motor.

El rombo del motor de doscientos cincuenta centímetros cúbicos, rompe la quietud del entorno. Desplazo el tronco un poco hacia delante, de modo que el bólido descienda del soporte.

Observo en el callejón a mi derecha; la mujer ya ha recorrido una decena de metros. La bolsa al hombro de la que asoman los documentos está bien a la vista.

Ese es mi objetivo: un simple favor para pagar la ayuda recibida en el pasado, pero no lo suficientemente alejado en el pasado, de un adicto. Ahora la distancia es la adecuada.

Apunto hacia mi presa para cerrar todas las cuentas que han quedado pendientes y para mirar a mi vida con esperanza, convencido de no repetir más ciertos errores pagados a precio muy alto, entre los cuales está este.

Acciono el acelerador.

Todo sucede de pronto.

Alcanzo a la mujer con el brazo estirado hacia la bolsa: ella no me nota. Agarro la bolsa y siento un ligero tirón.

Un grito.

Un ruido sordo.

Freno y me doy vuelta.

El cuerpo de la mujer se desplomó en el suelo a unos metros detrás de mí.

Miro a mi mano; se aferra a la correa de la bolsa, mi objetivo se ha conseguido.

Quisiera detenerme, prestarle auxilio, pero no hay tiempo, ni siquiera puedo hacer que me descubra: esa mujer me conoce desde que era pequeño, habría muchas preguntas a las que no podría dar respuesta.

Debo seguir el deber que se me ha asignado, no puedo detenerme a pensar.

El miedo se apodera de mí.

El cuerpo ahora está inmóvil en la tierra, no se levanta.

¡Oh Dios, ¡Qué he hecho!

Oh Dios.

Por un instante que parece infinito, me quedo quieto mirándola, la mejor amiga de mi madre, boca abajo en la acera, con la cabeza que pende sobre el borde de la calle y de la cuál comienza a ensancharse una mancha oscura.

El miedo se convierte en terror.

La adrenalina sube y me llena el cerebro.

Dejo de razonar.

Me volteo en dirección a la calle, doy marcha a la moto y huyo, dejándola a su destino y marcando irreparablemente el mío.

1

Otra pesada jornada laboral está llegando a su fin; no veo la hora de llegar a casa, darme una ducha y prepararme una succulenta cena que consumiré solo, delante de la televisión.

Lamentablemente, la multitud de automovilistas de la hora punta, parece tener planes muy similares a los míos. Ya han transcurrido treinta minutos de espera en la fila para llegar a la Rotonda de Sesto San Giovanni a la entrada de la circunvalación Este de Cologno Monzese. Es el trayecto casi obligado, desde que cerraron la calle Fulvio Testi para las labores de la línea cinco de la metropolitana, que debo cumplir cada día para volver de la oficina en la calle Sarca, a mi villa mono-familiar en las afueras de Cernusco sul Naviglio.

Son cerca de unos quince kilómetros y normalmente, en verano, cuando las escuelas están cerradas y los vehículos que circulan son decididamente menos, me lleva algo más de veinte minutos.

Hoy precisamente, parece ser la excepción que confirma la regla. Ya sea porque las previsiones del tiempo fueron diferentes a lo común, o porque, por la enésima marcha de los medios públicos: como de costumbre cada vez que llueve, la circulación en Milán enloquece, por tanto, me resigné a transcurrir en auto al menos una hora.

Me hace alegre compañía la música que proviene del estéreo de mi subcompacto que, además de ser lo único que podría permitirme, es el único bien que suena con la elegancia de que adoro rodearme. Por lo demás, nunca he amado los automóviles, por lo que siempre he preferido las motos; por eso cuando se trató de adquirir una, me he inclinado por la comodidad, así como por el lujo.

Apenas tolero a aquellos directivos que circulan con la SUV o con los sedanes de cincuenta mil euros, que se sienten los dueños de la calle y luego, lloran por cada mínimo raspón en la carrocería porque el seguro no lo cubre y, sobre todo, porque no pueden ostentar más la perfección de la joya que conducen. Siempre los he imaginado como aquellas personas que buscan la seguridad sensual en un bólido que va de cero a cien kilómetros por hora en cinco segundos, y que toman el mismo tiempo

como suficiente para satisfacer a una mujer.

Yo estoy hecho de otro tipo de pasta.

A pesar de mi joven edad soy administrador o, mejor dicho, responsable de la calidad, de una empresa famosa perteneciente al sector farmacéutico y parafarmacéutico que, por mis servicios, ofrece una compensación anual de cinco cifras, además de otros beneficios.

No quiero parecer demasiado presuntuoso, para encontrar un empleo similar, es necesaria una buena dosis de fortuna, pero se requiere también sabérselo ganar. Yo creo habérmelo ganado a título pleno: después de una brillante carrera en Economía y Comercio conseguida en la Universidad Bocconi de Milán, comencé desde abajo, como asistente de producción y, cuando hubo oportunidad, la supe aprovechar, ocupando al cabo de un trienio mi posición actual, con todos sus pros y sus contras.

La radio interrumpe de golpe mis pensamientos.

La música ha cesado de sonar y, en su lugar, amigable como siempre, la voz de Federico Menti, llamado “Quico” por los amigos y “metralla” por los cómicos, cuenta las noticias en el diario de la radio cada hora.

Es el mismo rollo de crónica política mezclada con economía vulgar que tanto está de moda en estos tiempos: maniobra financiera, colusión y corrupción, el gobierno que cae pero que tal vez no cae, la Unión Europea que nos tiene en la mira, los operadores de la bolsa que no tiene fe, la diferencia entre los bonos btp italianos y los alemanes que aumenta, pero la conclusión es que, en realidad, España y Grecia están mucho peor que nosotros.

“Metralla”, con el mismo parloteo al que debe su sobrenombre, resume en pocos segundos, aquello que, en el diario televisivo de la noche, se cuenta con calma en media hora. Lo que me hace sonreír del telediario son las anticipaciones: en cinco minutos de las ocho de la noche en punto, parte un adelanto que debería ser un resumen con dos palabras de comentario; cuando está “Metralla” se transforman en las noticias concentradas, tanto que después, ya no se necesita seguir la restante media hora de la transmisión.

La música vuelve a comenzar y yo vuelvo a mis pensamientos.

Ahora en mi cabeza, avanzan aquellos más oscuros.

Había solicitado, en la oficina de personal, una secretaria particular

para realizar las tareas de mecanografía y, sustancialmente, para responder al teléfono y llevar una agenda; nada más fastidioso que ser interrumpido por una llamada mientras se está concentrado en la propia ocupación, por lo que me es necesario un filtro que bloquee las plagas.

Después de un mes de selecciones, imagino que durísimas, la responsable de la oficina de personal me presentó tres currícula con respectiva fotografía adjunta. Entre los candidatos mi atención se posó en la señorita Marchetti: de veintiocho años, titulada en Lenguas Extranjeras y con un bagaje laboral y cultural que daba envidia a varios de mis colegas directivos, tanto así, que me pregunté pronto por qué aceptaría un trabajo semejante, seguramente sub-pagado y privado de cualquier interés para su preparación y experiencia. Incluso, cuando me reuní con ella en persona, para la entrevista final, me hizo una impresión óptima y apoyé su contratación. Tuve la respuesta solo unos meses más tarde, cuando los eventos comenzaron a precipitarse y, desafortunadamente, comenzó a actuar de una manera que no habría sospechado nunca.

La Señorita Marchetti ahora reposa cómodamente dos metros bajo tierra fresca en el cementerio mayor de Musocco.

2

La incesante lluvia, que desde ayer en la noche continúa batiendo en las calles milanesas, nos está acompañando hacia la inspección del lugar de la escena del crimen en este gris día de noviembre. Mientras la patrulla nos pasa a gran velocidad con sirena abierta, a través de la larga avenida arboleada que bordea el Parque Ravizza, me quedo encantada en mirar el brillante azul eléctrico que se refleja en los charcos que el auto encuentra sobre el asfalto y que, cuando impacta un neumático, arrojan lágrimas oscuras. Es temprano en la mañana y las lámparas todavía están encendidas, incluso, a pesar de la hora y el tiempo inclemente, algún deportista se obstina en practicar su caminata para mantenerse en forma. Creo que fue uno de ellos quien llamara al 113 hace una veintena de minutos, después de que el agente que respondió la llamada, como es debido, verificara rápidamente que del otro lado del teléfono no estuviera el mismo mentiroso compulsivo de siempre, ha abierto un expediente y pasado los documentos a la oficina de Policía de Estado competente: la mía.

Comencé mi servicio ayer en la noche y ya casi iba a terminar mi turno; es uno de esos aburridísimos turnos nocturnos que a menudo ven a los policías ocuparse de alguna pelea conyugal, o a los vagos que perturban la calma pública; uno de esos turnos que me ocurren por graduarme y ganarme el grado de comisario: el comisario más joven en la historia de la Policía de Estado; uno de esos turnos que normalmente, no implican a mi departamento, mi oficina, mi equipo.

El brusco frenar de la patrulla me saca de mis pensamientos y eleva en el aire una nube de gotas gruesas de agua que se cierran como una niebla.

—Inspectora Montorsi, hemos llegado.

—Inspector Montorsi, ¡Inspector! El grado no tiene género, aunque sea una mujer.

—Disculpe, Inspector. Sin embargo, yo apostaría que dentro de unos meses no importará más.

—Dinero perdido, no sucederá... como siempre, las noticias vuelan ¿Qué diablos están haciendo aquí los cronistas amarillistas?

—Alguien debe haberles avisado. ¿Los alejo?

—No, sería inútil. ¿Ya llegó el superintendente Brezzi?

—Sí señor, supongo que le espera en el área cercada.

—Bien. Me parece que tu turno ya terminó ¿o me equivoco?

—No se equivoca. Terminó hace media hora.

—Entonces déjame aquí, y vuelve a casa con tu familia... tengo la vaga sospecha de que esto será largo.

—De acuerdo, señor... y gracias.

La escena del crimen está delimitada con las cintas canónicas de franjas blancas y rojas. Tres agentes tienen a raya al único curioso que, a aquella hora, llamado por alguien, se precipitó para robar alguna foto y publicar el consuetudinario y escuálido artículo en las páginas del más conocido diario milanés.

Mario Brezzi camina hacia mí, mientras trato de distinguir al interior del área, al patólogo legal que ha descendido de una ambulancia que llegó unos segundos después de nosotros.

El terreno está empapado y resbaloso a causa del agua caída ininterrumpidamente durante la noche. Por aquí y por allá se extienden charcos ya similares a pequeños lagos y, donde no hay agua, el fango y el pantano la han dominado, manchando de un marrón intenso, el verde descolorido de la hierba.

—Mario, entonces, ¿qué ha sucedido?

Brezzi, gentil y sosegado, como de costumbre, no deja nunca de saludar a sus interlocutores.

—Buenos días,Inspectora.

—¡Eso de la Inspectora se está convirtiendo en un ridículo eslogan!

—Giulia, sabes que es broma...

—¿También tu has apostado?

—Sí... y sé que no cederás nunca.

Le sonrío.

Brezzi es superintendente desde hace varios años. Casado y con dos hijos, tiene un aspecto y un comportamiento que lo colocan al menos una decena de años bajo su edad real, que ya anda en los cincuenta. Alto, alrededor del metro setenta, ojos castaños y un hombre que osaría

definir como agradable y complaciente.

—Volviendo a nosotros... es una chica... no tendrá más de treinta años. Recuperamos sus efectos personales y, en cuanto lleguemos a la central, nos ocuparemos de las investigaciones. A primera vista, no parece que se trate de un robo con final fatal: la víctima tiene la bolsa y en el portafolio encontramos ciento setenta euros, pero ninguna tarjeta de crédito, tarjeta de puntos o cualquier cosa que nos diga que...

Lo interrumpo. —¿La identidad?

—A eso iba... al momento, desconocida. No encontramos documentos en la bolsa y nada en la cartera que pueda hacernos conocer su identidad. El cadáver no fue tocado, en espera del patólogo, verificaremos luego si tiene documentos consigo.

—¿Cómo murió?

—Ciertas cuestiones, prefiero dejárselas al médico, pero a primera vista, no creo que haya dudas.

Discurriendo, llegamos al lugar del delito, a unos cuantos pasos de la calle donde la patrulla me dejó y donde está estacionada la ambulancia con los faros y las torretas encendidas.

Los relámpagos azules bailan sobre el cuerpo, extendido en el fango, vestido con un traje que, antes de la lluvia, debía tener un color próximo al beige.

Con seguridad es una mujer bella, rubia y juvenil, a pesar de que el maquillaje deshecho por el agua y la mueca en su rostro le dan un aspecto escalofriante.

El rímel le corre por el rostro desde los ojos y la asemeja inicialmente a un Pierrot triste, cuyas lágrimas descienden hacia la boca; los restos de lápiz labial dibujan sobre su rostro la burlona máscara del Guasón, pero lo más impresionante es el charco de sangre, ya diluido en el agua, sobre el cual la mujer está tendida y que surge de una incisión que parte desde debajo de la oreja izquierda, para terminar en la garganta.

Aquella figura joven y, al mismo tiempo grotesca, me ha hipnotizado. El médico me dirige la palabra y me despierta del estupor.

—Doctora Montorsi, serán necesarias las investigaciones más profundas para establecer la hora del deceso: la lluvia y el frío seguramente han alterado la temperatura corpórea. Mis asistentes se

están ocupando de las detecciones a pesar de que, con este tiempo, dudo que encontrarán algo más que agua y fango.

—Y ¿la causa de muerte? ¿Hay signos de lucha... algo con qué poder comenzar a indagar?

—También eso podrá ser más preciso después de la autopsia. Creo, sin embargo, que el trauma en la garganta sea la causa principal: restaría establecer si murió antes por sofocamiento o por estrangulamiento. Si le agradan los detalles macabros, puedo confirmarle que con seguridad fue una muerte larga y dolorosa, por el resto, no puedo decirle todavía nada.

—Igualmente gracias, haga lo posible y rápido.

Me alejo algunos pasos de la escena del crimen y Mario me alcanza.

—¿Crees que te darán el caso?

—No sé, Mario, pero soy el agente en turno con el grado más alto... hablaré con el comisario Rossi y con el magistrado. ¿El testigo que llamó?

—Los dos agentes que intervinieron primero lo han llevado a la central para hacerle las preguntas habituales.

—Antes que nada, explíqueme qué hace aquí Carlo Scala...a propósito, cuando termine de hacer sus fotos, también él irá a la central, no sea que su objetivo perciba algo que se nos escape a nosotros.

—De acuerdo, Giulia, yo me quedo aquí a arreglar las cosas.

La luz de la mañana comienza a montarse y a hacerse lo suficientemente intensa para que pueda prescindirse de las lámparas.

Una a una, a lo largo de la avenida que atraviesa los jardines, las luces artificiales se apagan en secuencia, dejando al paisaje y a la mujer rubia, inmersos en la oscura luz del alba.

Me alejo más metros de la escena, a lo largo de la avenida, para observar la situación desde otro ángulo.

El cadáver yace bajo un arce que crece sobre el bordo del camino, y es visible solo proviniendo del pasaje sobre el que me encuentro, pero bien iluminado por la lámpara del otro lado que, hace algunos segundos, estaba encendida.

Desde esa distancia, no podía haber dudas sobre el reconocimiento de una figura humana femenina, acostada bajo el árbol.

Hago una señal a un agente para que se reúna conmigo y que pueda hacer mediciones y algunas fotos desde mi posición, mientras tanto,

observo divertida a otro agente que está por arrestar a Carlo Scala, que sigue gritando algo sobre la libertad de prensa.

Scala busca también oponer resistencia, pero, al final, se resigna y sube al auto que lo conducirá a la central.

El agente llega, se me cuadra y le explico sus deberes.

La luz del día se hace poco a poco más intensa y comienza a dejar de llover. Me quedo todavía un minuto para observar la escena, hasta que llega una ambulancia con aquellos que se deben ocupar de llevar el cadáver de la mujer a la morgue.

En aquel punto, alcanzo al superintendente Brezzi.

—Está bien, Mario, si has terminado, podemos volver a la comisaría.

—Sí, aquí está todo hecho. Los agentes han sido instruidos y en unos minutos el cadáver será removido. Podemos ir... —Luego se corrige: — Una última cosa: no le encontramos documentos, tampoco con ella.

—Detalle curioso. Pueden pasar dos cosas: o no los llevaba, pero al día de hoy es una peculiaridad muy extraña, o tal vez, quien la mató se ha prodigado en esconder su identidad.

Mientras esta extrañeza continúa rondándome la cabeza, juntos nos dirigimos hacia el automóvil que había escoltado a la ambulancia hasta el parque. Ya es plena mañana y el tráfico aumenta, alimentado por los milaneses que se dirigen a la oficina.

Subimos a bordo de la patrulla. Para mí y para Mario, no solo el día laboral no ha terminado, sino que muy probablemente, se extenderá por varias horas.

3

Recorro el corredor de pavimento de frío mármol y luego, llego a mi destino, frente a la pesada puerta de madera tallada que me separa de la oficina de mi interlocutor, me detengo y dudo antes de tocar.

A la mente me aflora el recuerdo de ayer y del pacto que he hecho con Carlo Scala, después de una encendida, pero cordial, discusión.

Estos pensamientos me evocan otros recuerdos, más remotos, de cuando era pequeña, cuando Scala era el apellido que la profesora de Letras llamaba dos apellidos después del mío mientras llamaba con la lista, y que yo pronunciaba en voz baja las veces que había deber en clase de matemáticas, materia en la que Carlo nunca ha brillado.

Unos años más tarde, la confianza que se había instaurado en nuestra relación me hacía susurrar de otra manera su nombre.

Carlo...

Cuando me besaba y lamía los senos, luego continuaba besándome descendiendo desde el cuello hacia mi intimidad.

Carlo...

Llegado a la ingle, me dejaba llevar por la excitación y abría los muslos, o le ponía las piernas sobre los hombros. Comenzaba a lamer, jugando con el clítoris y ayudándose con los dedos, llevándome velozmente a la orilla del orgasmo, y luego se detenía, torturándome de esta manera, más veces, hasta que le suplicaba que me hiciera venir.

Carlo...

Luego retomaba para que pudiera mirarlo a los ojos y me penetraba dulcemente hasta hacerme explotar de placer.

Carlo...

En aquel punto, le pagaba con la misma moneda.

Se quedaba abajo y yo sobre él. Lo besaba. Besaba y mordisqueaba aquellos sus labios y su lengua que me habían hecho gozar poco antes.

Carlo...

Lo acariciaba en el tórax grande y desnudo y descendía continuando besándolo, primero en el cuello, luego en el pecho, luego en el vientre, luego... Carlo...

Succionaba ávidamente el instrumento que la madre naturaleza le

había dado con el único fin de hacerme gozar. Mientras lo tenía en la boca, pensaba a menudo en el dominio total que tenía sobre él en aquellos momentos. El poder de dar placer a mi hombre, sobre cada límite y de disponer al mismo tiempo de su virilidad, pudiendo llevármela con una acción rápida e instantánea. Este poder me embriagaba y me excitaba.

Carlo...

Antes de que él explotara en mi boca, lo liberaba, pero un instante después estaba sobre él. Entonces bastaban pocos y expertos movimientos, que me hacían sentir un poco una puta, para hacerle llegar al clímax y alcanzarlo yo también.

Carlo...

El tiempo y la carrera nos han alejado, pero, aunque piense que es uno de los peores buitres en su trabajo, aún siento afecto por él. Tenemos puntos de vista completamente diferentes, pero es un hombre de quien se puede fiar.

Haber llegado a un acuerdo de estricta colaboración no me desagrada en lo absoluto, aunque, al final, sé que, si le llega la oportunidad, me traicionará con su trabajo o con su diario. Sin embargo, a una persona que indaga con formas y fuentes diversas a las nuestras, la considero útil.

Lamentablemente, mis colegas, y, sobre todo, mis superiores, a menudo y con gusto, no piensan como yo y, debo encontrarme en la situación de explicar nuestro pacto, no sabría qué más inventarme.

Por eso mis pensamientos vagan mientras me detengo a los pies de esta puerta y no me decido a tocar.

Finalmente, toco.

—Por favor pase.

Entro en la oficina del hombre austero que está sentado en el escritorio, en compañía de Rossi.

—Buen día, doctores.

—Montorsi, prohibidos los cumplidos. La he convocado porque tengo la intención de fiarle la investigación de la muchacha muerta en el parque. He hablado con el comisario Rossi, que la tiene como una persona loable y digna de confianza; y considerando que ha comenzado ya con las investigaciones, convenimos que con su preparación puede

seguir el caso.

—Gracias, doctor.

—Todavía no me agradezca, no he terminado aún.

La frase, pronunciada con crudeza, detuvo el neonato impulso de entusiasmo que el cumplido precedente me había otorgado.

—Usted tiene, prácticamente, carta blanca, pero, considerando sus antecedentes y maneras, digamos “poco ortodoxos”, en cuanto a la conducción de las indagaciones, permítame darle algún consejo y una orden bien precisa: antes que todo reportará cualquier cosa, y tenga cuidado he dicho, *cualquier cosa*, incluso lo que usted considere más insignificante, en un reporte diario a mí o al comisario Rossi.

—Claro, señor.

—En segundo lugar.... Bien, he escuchado hablar a menudo y cosas buenas de usted en la comisaría central, sin embargo, no me agradan las personas ambiciosas... demasiado ambiciosas... categoría a la cual usted parece pertenecer.

Mientras busco algún argumento para contrabatar, el fiscal me calla con voz firme.

—¡No me interrumpa! ...Puesto que tiene tantos deseos de hacer carrera, considere esta investigación como un examen de campo... obviamente, con todas las consecuencias que conlleva.

El magistrado me mira decidido y casi sonrío, creyendo haberme tomado por sorpresa.

—No creo deber agregar más.

—Gracias por la confianza, no le decepcionaré...

El fiscal ahora trata de interrumpirme, pero soy yo quien quiere reservarse la última palabra.

—Con seguridad no le voy a decepcionar, seguramente. Buen día.

El énfasis dado a aquel “seguramente” casi me hace sonreír mientras giro sobre mí, satisfecha y abandono la oficina del magistrado; el eco de las palabras “el comisario más joven de la historia” continúan haciendo eco en mis pensamientos.

4

Está oscuro.

Hace frío.

¿Qué es esta sensación de vacío que tengo en el pecho?

La respiración es pesada, afanosa.

La oscuridad me circunda, palpable, densa, húmeda, infinita.

El ansia está creciendo.

La respiración se dificulta cada vez más.

Siento los latidos de mi corazón que se van acelerando.

Intento moverme, dar un paso, adentrándome en esta oscuridad que parece no tener fin.

Mis miembros responden lentamente a las solicitudes, casi parece que no me pertenecen, no pertenecen a mi cuerpo, pero están unidos por alguna suerte de mecanismo.

Siento los brazos pesadísimos y las piernas todavía más.

Doy un paso, luego otro, luego otro y otro con una fatiga sobrehumana.

Con cada paso, la respiración se hace cada vez más afanosa.

Ahora tengo el corazón que late con locura.

Tengo miedo.

El miedo lentamente se insinúa bajo mi piel, dentro de mi carne, provocándome dolor como si fueran heridas provocadas por cortes de infinitos puñales.

El miedo se transforma poco a poco en terror.

Socorro, ¿dónde estoy?

¡Déjenme salir de aquí!

Abro la boca para gritar, pero no escucho sonido alguno. Mis gritos son sofocados por la oscuridad que ahora me penetra.

Una luz a lo lejos.

Busco moverme hacia la salvación.

Es mi esperanza; una débil luz opaca que debo alcanzar.

Las piernas cada vez pesan más.

Con una fatiga enorme, levanto los brazos para tocar la luz, pero todavía está lejana.

Me equivoqué, aquí no hay nada.

¡Dios! ¡Socorro!

Me falta la tierra bajo los pies.

Caigo.

Trato de aferrarme a algo; algo escondido en la oscuridad, algo que no está, no existe.

Estoy cayendo en un abismo que ni siquiera puedo ver.

Socorro, alguien que me ayude. ¡Sálvenme!

La oscuridad, primero densa y húmeda, ahora solamente es oscuridad, inconsistente.

¡Socorro! ¡Socorro!

Consigo aferrar algo.

Estoy a salvo.

No, no logro mantenerme agarrado.

Es algo viscoso, se me resbala de las manos.

Busco aferrarme con todas las fuerzas que tengo, pero siempre me deslizo.

Mi cuerpo pesadísimo me arrastra hacia el abismo de un pozo sin fondo, hacia el vacío.

Cede mi asidero.

¡Socorro, me precipito! ¡Socorro! ¡Aaaahhhhh!

¡Aaaahhh!

Mi grito es ensordecedor.

El aliento es corto, irregular.

Mi imagen, mi rostro pálido, con los ojos de par en par y la boca abierta en una expresión de terror, se reflejan en el enorme espejo colocado en la pared frente a mí.

Estoy sentado en la cama, la cama de un cuarto desconocido.

Me siento empapado.

El espejo refleja a mi lado, la imagen de un cuerpo desnudo, un cuerpo de mujer acostada.

Me calmo, la respiración ahora se vuelve regular.

Observo lentamente el cuerpo con el rostro inmerso en la almohada y largos cabellos negros que descienden sinuosos sobre la espalda hasta

casi llegar a su trasero.

Es un hermoso culo.

Con una mueca me complazco de mí mismo.

Tuve que haber sido buejo, si con todo el desastre que hice, la tipa todavía está durmiendo; ayer en la noche debo haberla agotado.

Con la sonrisa todavía pintada en los labios me levanto de la cama y me muevo.

No sé cómo ni por qué, pero, en una suerte de trance, logro dirigirme hacia el baño, que no sabía tampoco dónde estaba.

Encuentro un lavabo esmaltado blanco.

Ahora miro un poco a mi alrededor.

Estoy en un baño de medianas dimensiones, de un blanco cándido con azulejos en cerámica azul que crean un juego de agua y que recubren el pavimento y parte de las paredes.

A la izquierda, una cabina para ducha hecha de una caja de vidrio o tal vez cristal, con la puerta corrediza; a un lado de la ducha, el retrete y luego el bidet con toallero en acero cromado.

Me giro hacia la derecha y vuelvo al lavabo, adornado con un elegante mezclador y coronado por un espejo incorporado dentro de un mueble con dos puertas completamente blancas.

Muevo la llave mezcladora hacia la derecha y la elevo, haciendo comenzar a correr el agua.

A manos llenas, recojo el agua gélida que corre y me la arrojo a la cara una vez, dos veces, tres veces.

Mi mirada está fija en el fondo del lavabo donde hay un tapón abierto, tanto que basta para hacer correr el agua en la coladera.

El agua debería...

El agua debería...

¿Por qué diablos el agua tiene este color?

Elevo la mirada y me encuentro reflejado en el mismo espejo.

Los reflectores que iluminan el baño están encendidos, pero no sé el por qué.

Probablemente cuando entré accioné el interruptor automáticamente, pero ahora no recuerdo haberlo hecho, ni siquiera dónde se encontraba.

Mi rostro está empapado, pero no es sudor.

Estoy sucio, sucio de sangre.

Me miró el pecho, las piernas, los brazos.

Estoy todo cubierto de sangre.

Entonces, lanzo un grito, sofocado por el terror que estoy sintiendo y que me ha asaltado en el momento en que miré, en el que me di cuenta exactamente de la escalofriante figura que se levantaba delante de mí.

Soy yo.

Me calmo.

El grito no salió de la garganta, sino que se quedó atorado a mitad de su camino.

La respiración es irregular.

Esta sangre no es mía.

Ahora, fatigosamente, en medio de la niebla, en la oscuridad que me había envuelto hace unos instantes, los recuerdos comienzan a hacerse más nítidos.

He vuelto a matar.

Cierro los ojos por un segundo y, cuando los vuelvo a abrir, el sol que está rasgando las nubes comienza a iluminar los cientos de automóviles formados en el tráfico delante del mío.

5

¡Maldición! Esta maldita cola no termina nunca.

Nerviosamente, con la mano izquierda, busco en la portezuela el interruptor para bajar la ventanilla, mientras con la mano derecha hurgo ávidamente en el bolsillo de los pantalones para encontrar el encendedor, un clásico Bic color rojo que parece perderse como una aguja en un pajar todas las veces que lo meto en el bolsillo.

Finalmente, lo alcanzo y lo saco de su augusto escondite; mientras tanto, ya bajé la ventanilla, el aire fresco del aire acondicionado comienza ser reemplazado por el calor sofocante de julio y al olor picante del gas del escape.

Ha dejado de llover. El habitual temporal estival que dura aquellos quince minutos necesarios para bloquear las calles de tráfico y volver el bochorno insoportable.

Revuelvo en el bolsillo interno de la chaqueta de algodón gris topo y con el pulgar y el índice alcanzo el paquete de Cigarrillos Light; lo abro y extraigo un cigarrillo, portándomelo rápidamente hacia los labios, luego, lo enciendo y arrojó el encendedor y el paquete en el asiento vacío a mi lado.

Cierro los ojos. Una bocanada profunda, luego otra...

El sonido agudo del inalámbrico me saca del entumecimiento de los pensamientos; tomo el auricular y respondo: —¿Diga?

—Doctor, disculpe si lo molesto, pero hay una persona que insiste en querer hablar con usted.

—Señorita, le había dicho que no quería ser molestado.

—Lo sé, doctor, pero... es la señora Renzi.

¿La señora Renzi? Era hora que la mujer del presidente mostrara estar viva.

—De acuerdo, hágala pasar.

—Bueno, en realidad ya...

La puerta de mi oficina se abre de golpe y, en el quicio, con la manija todavía entre las manos, aparece una mujer bella y llamativa, vestida en un traje sastre, seguramente de diseñador, que resalta las formas sinuosas: el busto no excesivo pero generoso y las caderas de modelo. La

falda corta apenas sobre la rodilla, deja intuir dos piernas bien torneadas envueltas en medias negras, que resaltan zapatos en tinta negra con un tacón muy importante.

El maquillaje es ligero, lo que basta para evidenciar sus ojos y sus labios que, en este momento, dibujan una leve sonrisa.

En un pestañeo considero que la señorita Marchetti habría bloqueado a la presidenta antes de entrar, al contrario que su reemplazo, contratada hace solo un día, no es tan eficiente; sin embargo, Marchetti tenía también otros defectos, mucho más graves.

—Disculpa, Marco, si caigo así de sorpresa y sin hacerme anunciar, pero...

Con un gesto de la mano la interrumpo, ella eleva la ceja en señal de comprensión. Miro la hora: son ya las 18:00 y no me había dado cuenta.

—Señorita, todo está bien... además, ya es tarde, puede irse.

—Gracias, doctor. Buenas noches.

—Buenas noches tenga usted, nos vemos mañana.

Apoyo el inalámbrico en su base, entonces miro a la mujer, la “presidenta”, directo a los ojos.

—Buenas tardes, Giovanna, ¿qué viento te ha traído?

Irónicamente Giovanna entra al juego:

—Buenas tardes, Marco... las explicaciones las espero yo de ti. Me has convocado por cuestiones, según tú, muy urgentes... adelante, escúpelos.

—Giovanna... la cuestión es más bien delicada.

Dejo caer la frase en el vacío y espero en silencio que la misma tome forma en la mente de mi interlocutora, y asuma el debido tono de gravedad que compete a la situación.

La sonrisa desvanece del rostro de Giovanna y su respuesta no se hace esperar.

—¿Es tan grave la situación?

He obtenido el efecto deseado y ahora tengo toda su atención.

—Diría que sí... una situación más bien singular. Desde hace un par de meses, desde que Marchetti desapareció, comencé a hacer un análisis sobre el estado de algunas investigaciones y... de alguna manera, han surgido incongruencias y documentos... pero sería mejor no hablar aquí.

Como una niña sorprendida con el frasco de la mermelada, en el rostro de Giovanna se pintó una expresión de derrota, pero solo un momento. De la mujer segura y hábil gerente de sí misma, veo una luz destellar en sus ojos marrones claros enmarcados por rímel y sombra de ojos púrpura; esa luz es la idea de lograr hacer que la situación vaya a su favor, de haber vencido una vez más y lograr todo lo que quiere. Giovanna no sabe que esa luz marcará su final.

Con oratoria más hábil que la de un político con experiencia, Giovanna busca cambiar el discurso a su favor, abriendo un espiral, buscando jugar sus mejores cartas en su mismo territorio.

—Marco, no entiendo por qué no crees seguro hablar aquí, todavía quiero fiarme de tu instinto. Considerando que no podemos, seguramente, hablar en público, te propongo... ¿Sabes lo del chalet que yo y Marcello tenemos cerca de Bergamo?

—Sí, lo conozco. Marcello me ha llevado alguna vez, cuando tuvimos que discutir con el Consejo de Administración de un asunto importante.

—Bien, solo está a una hora y media de aquí... ¿qué piensas? Podemos hablar con calma y en privado.

Todo como previsto. La araña ha tejido su tela y ahora espera solamente que el insecto caída dentro.

—Me parece una buena alternativa.

—Muy bien.

—Dame cinco minutos, tomo los documentos y te alcanzo en el estacionamiento... ¿Marcello?

Recuperada su complacencia, Giovanna irónicamente, y con tono pomposo responde: —El presidente Marcello Renzi está en una reunión de negocios en Hannover. —Luego, volviéndose seria, responde—. Creo que vuelve mañana en la noche, pero esto lo sabes muy bien.

—Solamente quería estar seguro, y en todo caso, lo podré informar después... nos vemos abajo.

Un poco después de una hora, estamos delante del chalet de montaña de los

Renzi. Una villa de muros de madera localizada en Val Brembana, entre Zogno y San Pellegrino, con una entrada privada, un jardín de un par de cientos de metros y capaz de garantizar el pernoctar de una veintena de

personas. Una construcción característica y bien inserta en el ambiente que la circunda, pero que muestra una pompa y opulencia lejos de los usos y costumbres de Marcello Renzi y, viceversa, en magnífica asonancia con el carácter de su tal vez demasiado joven y bella mujer, Giovanna.

—Ponte cómodo, Marco, haz como si estuvieras en tu casa, yo voy a refrescarme... ah, cerca de la chimenea está el mini bar, sírvete lo que quieras...

para mí un Martini, gracias.

Giovanna me deja en la sala de la villa.

Está decorada en modo refinado y esencial, excepto por el enorme cuadro que cubre la pared a mi derecha, sobre la chimenea. La luz anaranjada de la puesta de sol se filtra entre las cortinas que cubren el amplio ventanal que da a la parte trasera del jardín. A la izquierda, la pared está decorada por una elegante biblioteca llena de novelas de todo género, tratados de química y anatomía que muestran, sin sombra de duda, el carácter y las pasiones del dueño de la casa.

Mientras estoy en el mini bar preparando el Martini, me vuelve a la mente la ocasión en que Marcello me presentó a Giovanna, su futura mujer; en aquella época me quedé estupefacto por el hecho de que una persona activa y enérgica como Marcello, que siempre había dedicado su vida al trabajo y a su empresa, se acompañara de una mujer que tenía al menos veinte años menos que él. Con el tiempo, en cambio, conociendo a Giovanna, me he convencido de que su fascinación no residía solo en la belleza. Giovanna es una mujer culta, inteligente y con notables dotes de mando; lamentablemente con el tiempo, me di cuenta también en su gran defecto: su inteligencia viaja a la par de su codicia. Es una maldita arribista, una trepadora social de la peor especie, y ahora los eventos me confirman que habría hecho cualquier cosa y utilizado cualquier medio, lícito o ilícito, para lograr sus objetivos.

Me sirvo dos dedos de whiskey y Giovanna vuelve a aparecer a los pies de la escalinata que se encuentra después de la biblioteca y que lleva a la zona de noche de la villa.

—Tu Martini.

—Gracias, eres un verdadero caballero, colócalo en la mesa y acomódate.

Al centro de la sala se encuentra una amplia mesa circular de cristal sostenido por la única columna central de madera incrustada con símbolos étnicos. Las ocho sillas que lo circundan tienen el respaldo alto, están hechos de la misma madera y decoradas con los mismos símbolos de la columna de la mesa: la imagen evoca recuerdos de la mesa redonda del rey Arturo, otra de las innumerables pasiones de Marcello.

Aferro el cenicero de granito apoyado en la mesa y lo acerco a mí, entonces tomo un cigarrillo y lo enciendo, luego sorbo del vaso.

—Entremos en materia.

—No esperaba otra cosa. Por todo el viaje, me devoraba la ansiedad, en espera de lo que me tienes que decir. Espero sea algo verdaderamente importante, como me has hecho intuir... sabes que no me encanta perder el tiempo.

—Creo que no te decepcionará la espera... aunque imagino que conoces perfectamente el tema del que te quiero hablar.

—¿Qué quieres decir?

—No te hagas la ingenua, Giovanna... sé muy bien que no lo eres, y comprendo muy bien que has intuido todo ya por las pocas señales que te di en la oficina, de otra manera, no me habrías traído aquí... siempre has sido muy perspicaz.

—Y tú siempre has sido inteligente... un inteligente y astuto hijo de puta.

Te atrapé. Te agarré con las manos masa, en flagrancia. ¿Ahora qué vas a hacer? Muéstrame de qué eres capaz.

Giovanna se acerca a la mesa y toma su vaso de Martini, juega un poco con la aceituna, luego la saca del vaso y la deja en la mesa, finalmente, bebe un buen sorbo de su aperitivo.

—A pesar del tiempo que nos hemos conocido, todavía no sabes que el Martini que yo bebo es liso, sin aceituna... dime ¿qué sabes?

—Además de los documentos, ¿dices? ... Hace unos meses, antes de que nos dejara, tuve un interesante intercambio de opiniones con la señorita Marchetti, mi secretaria o, mejor dicho, mi ex secretaria...

—¡Esa ramera! Sabía que no debía fiarme de ella, no pensé que estuviera a la altura del deber que le confié... eres demasiado astuto para dejarte encantar por dos bellas piernas o por un guiño en la mirada.

—No imaginaba que me la hubieras puesto tú en las costillas. ¿Qué debía hacer? ¿Controlarme? ¿Asegurarse de que no haría demasiadas preguntas y llegara a la verdad? ¿Falsificar documentos o qué más?

—Un poco de esto, un poco de aquello, pero me doy cuenta hasta ahora, con pena, que ha fallado miserablemente... y se ha volatizado.

Doy una gran bocanada del cigarrillo, seguida por un sorbo de whiskey, mientras Giovanna, lentamente, se está acercando a mi posición con el Martini en mano ya casi vacío.

—Bien, me has descubierto, ahora ¿qué intenciones tienes?

—Te devuelvo la misma pregunta... Giovanna ¿qué intenciones tienes? Ya está delante de mí. Apoya el vaso en la mesa y me mira haciendo brillar más esa luz en los ojos.

—Podremos llegar a un compromiso, ¿no crees? ... Algo que sea conveniente y agradable para ambos...

No me da tiempo de responder que Giovanna ya me ha estampado un beso en la boca y su lengua se está haciendo camino entre mis labios.

Respondo al beso. Nuestras lenguas se aferran, mientras siento su mano que me acaricia la pierna partiendo del muslo y sube posándose en la entrepierna de los pantalones.

—Parece que a tu amigo ahí abajo le ocasiono un buen efecto... considéralo una parte de nuestro... compromiso.

Me besa más, toma mi mano y se la pone en un seno mientras yo, con la otra, le acaricio una nalga.

Mi excitación crece mientras, por un instante, en mi mente imagino que la follo apasionadamente.

—Vamos a mi cuarto estaremos más cómodo.

Mientras camino atrás de ella, la veo quitarse la falda y dejarla en el piso, antes de subir las escaleras, mostrando por entero sus piernas envueltas en las medias.

Luego, comienza a desabotonarse la blusa.

—Todavía no me has explicado en qué consiste este “compromiso”

Giovanna se detiene en la escalera y se da vuelta, dejando entre ver por la blusa parcialmente desabotonada, el encaje azul de su sostén. Me lanza una mirada lánguida y condescendiente.

—El irreprochable Marco, como siempre, primero el deber y luego el

placer... ¿qué quiere? ... además de mí.

El insecto está atrapado y busca con todas sus fuerzas liberarse, pero entre más se obstina en combatir su destino, más se queda embrollado en la tela de araña que, a escondidas, observa divertida a su presa que sucumbe.

—Eres inteligente y astuta, pero no creo que hayas logrado planear todo esto tú sola. La Marchetti, o quienquiera que sea, es solo un peón. Quiero saber quién tira de las cuerdas de los títeres. Puedes decírmelo y evitar que haga más investigaciones.

Hago una larga pausa de reflexión, luego la acoso: Sabes bien que antes o después lo descubriré.

—¡Ah! Y yo que pensaba involucrarte en el proyecto... pero tú quieres tratar directamente con el “jefe” ... muy astuto de tu parte.

Pasan pocos segundos de absoluto silencio, pero parece transcurrir una eternidad hasta que rompo la inercia. —¿Entonces? Estoy esperando.

—Yo también estoy esperando, ¿no ves?

Giovanna se gira completamente hacia mí. Ya ha llegado al último escalón. Libera los últimos clips de la blusa y se la quita, presentándome una vista impresionante. —¡Cógeme!

Extasiado por la visión subo los tres peldaños que me separan de ella, la tomo por la cabeza y la beso ávidamente.

Ella se aferra de mí con los brazos alrededor de mi cuello y con un salto rápido me coloca las piernas alrededor de las caderas.

Sin despegarse, la llevo a la primera recámara abierta a la derecha. Llego al pie de la gran cama matrimonial de la recámara y con un gesto seco y decidido la tiro literalmente sobre las sábanas de fina seda.

—Cógeme, ¡cógeme!

Tomo en la mano derecha la orilla de las bragas azules que completan el juego del sostén de encaje y con un tirón seco lo rasgo. Giovanna alarga los muslos mostrándome el pubis coronado por un hilo de vellos bien cuidados y yo clavo la cara y la lengua.

Lamo ávidamente los pequeños labios y, a ritmo regular, le doy golpes en el clítoris que la hacen gemir y jadear con una frecuencia cada vez más alta.

—Basta de estos jueguitos, ¡cógeme!

Giovanna me agarra de los cabellos y aleja la cabeza de los muslos; luego, de pronto, se pone de rodillas sobre la cama, estira las manos y comienza a desabotonarme la camisa, descendiendo velozmente hacia los pantalones. Abre el cinturón lo suficiente para sacar la camisa y entonces, me la quita, comenzando a besarme y mordisquearme el pecho con furia.

Mientras me mordisquee los pezones con la lengua y los dientes, sus manos prosiguen incesantemente en un trabajo nunca interrumpido: abriendo el cierre de los pantalones, los baja y junto a ellos también el bóxer. Liberado el miembro de su escondite, con una mano, comienza a acariciarlo lentamente, mientras la otra lo sostiene de la base bajo los testículos.

Una mano resbala por todo lo largo de la asta en modo rítmico, mientras la otra la deja para meterse entre las piernas de Giovanna que, en un primer momento, comienza a tocarse en la superficie para luego meter el dedo medio en lo profundo de su intimidad.

La boca se despega de mi pezón, Giovanna reclina un poco la cabeza hacia atrás y, con los ojos cerrados, deja escapar un suspiro.

Baja la mirada para observar los resultados de su obra en mi miembro, luego la eleva para mirarme en los ojos complacida.

—Desde hace tiempo esperabas este momento... ahora cógeme... por atrás, como un animal.

Con el miembro en la mano y un hábil movimiento, la aferro con ambas manos y con un golpe seco la penetro.

—¡Aaaahh!, síii... asíiiii...

Comienzo a moverme regularmente delante y detrás en su agujero empapado de humores, que ella, con la experiencia de una puta, aprieta alrededor del instrumento de su placer. Giovanna sabe cómo hacer gozar a un hombre y es perfectamente consciente de sus capacidades amorosas. De vez en cuando, mientras se lo doy, afloja su presión en el miembro y esto me causa placer, no puedo contener un suspiro y comienzo a jadear.

—Te gusta, Marco... aaah... estás en mi longitud de onda... mmmmh, síiiii... continúa así, síiiii... más fuerte.

Como hipnotizado, sigo fielmente sus órdenes y comienzo a empujar más

fuerte. Una mano se quita de su espalda y aferra sus cabellos tirándolos hacia mí.

—Sí... así... más.... di la verdad... es mejor conmigo... aaah... siiii.... Más, que vengo... nunca has hecho esto con esa virgencilla de Laura...

Laura...

Con la mano derecha llego al bolsillo de los pantalones, que están bajados apenas bajo mis rodillas, mientras con la otra continúo atrayendo a la puta hacia mí.

Laura...

—Si... ¡me corro!

Logro encontrar en el bolsillo lo que buscaba.

Laura...

—Siiii...

Laura...

—Siii...

Laura...

Ahora no podrás hacer más mal a nadie.

—Corr...

El grito del orgasmo se le corta en la garganta, donde se abre la herida mortal que le he inferido con el cortaplumas y de donde la sangre sale copiosa, salpicando sobre la pared.

Me despego de ella y dejo de agarrar sus cabellos.

Su espléndido cuerpo desnudo, ahora sin vida, colapsa en la cama; bajo de ella, las sábanas comienzan a teñirse de púrpura.

Una aspiración profunda, luego otra. Con el pulgar, ligeramente golpeo el filtro del cigarrillo para hacer caer la ceniza en el asfalto todavía húmedo a causa del temporal.

La fila no muestra signos de avance.

6

Luces de colores destellantes brillan al paso de la música. Azul, rojo, amarillo, verde. Una estroboscópica continúa su trabajo intermitente haciendo mover a saltos el ambiente alrededor de mí, como una mala recepción de la señal de satélite mientras miro un partido de futbol.

La semioscuridad, adecuada a estos lugares, lo envuelve todo junto al olor acre del humo de los cigarrillos y cigarros que fueron encendidos aquí y allá, a pesar de la prohibición expuesta en la entrada, y que salpican de un color rojo anaranjado a la oscuridad cuando no es torturada por la estroboscópica y alguien decide aspirar humo. Todo el conjunto da a este lugar la perfecta sensación de lo prohibido y del pecado.

Mi paso disminuye de velocidad, cuando veo a mi derecha a una chica de rasgos asiáticos en *topless* que baila frenéticamente alrededor de un palo y que, viéndome, me lanza una mirada coqueta, luego se lleva un índice a la boca y lo succiona ávidamente.

El mismo dedo, algunos instantes después, rodea el pezón de su seno derecho, mientras la otra mano asciende lentamente por el vientre y se mete en la tanga fucsia.

La chica lanza la cabeza hacia atrás, de manera que los largos cabellos le caen en la espalda desnuda. La estroboscópica comienza su trabajo y, mientras la chica finge masturbarse y me lanza una última mirada lasciva y llena de intención, mi paso olvida la incerteza, que ha durado solo un par de segundos, y vuelve a andar decidido hacia el objetivo.

Como en una imagen detenida, la estroboscópica deja que yo localice a mi víctima.

Está en la barra del bar. En una mano una copa probablemente llena de Veuve Clicquot o de Crystal, en la otra, el culo firme de una chica de piel ámbar, probablemente sudamericana, que le concede sus gracias abrazándolo y tanteando su virilidad.

Tengo la absoluta certeza de que aquel mismo hombre, ahora en pie, saldrá de este local en posición horizontal y con una sábana blanca en el rostro.

Advierto una presencia. Un abrazo me rodea, luego dos labios suaves y carnosos me dan un beso en la mejilla.

—Buenas noches, doctor, bienvenido.

—Hola, Cristina.

—Te he dicho miles de veces que me llames Kris.

Me giro hacia ella y la miro intensamente en el castaño de los ojos, mientras una rara sonrisa se coloca en los pliegues de mis labios.

—Tienes razón... Cristina.

Kris resopla y sobre su rostro se dibuja una expresión de resignación: alza los ojos al cielo, luego los baja encontrando mi mirada, se acerca todavía y me susurra a la oreja: —Contigo, no hay ninguna esperanza...

Luego, aleja el rostro de mi mejilla llamando toda mi atención, me sonrío divertida y, con un ligero movimiento de la cabeza, me invita a seguirla en el lugar en el que también mi víctima se encuentra en compañía de la sudamericana.

7

Las luces impregnadas de tonos de borgoña y la música jazz de fondo dan al área de las salas privadas una atmósfera particular, una mezcla bien equilibrada de discreción, tranquilidad y sentido de lo prohibido.

El ritmo frenético de la música en pista se escucha a la entrada del área, donde se estaciona un macizo gorila, a unos metros de distancia del umbral de la sala que, una vez traspasado, te lleva a un mundo lejano millones de kilómetros.

Arrodillada en la suave alfombra de pelo largo que cubre parcialmente el insólito, al menos para un local nocturno, pavimento en parque, lamo ávidamente la asta de mi hombre, sentado en el diván de Ankara con los pantalones apenas en los muslos, la corbata suelta y la camisa desabotonada lo suficiente para que pueda acariciarle el pecho.

Mi vestido de noche, rojo fuego, está bajado hasta el vientre, y con su mano magistral se detiene a pellizcar uno de mis pezones turgentes por el frío y por la hirviente excitación que su caricia me provoca.

Siento el calor subir como un fuego imparable, subiendo desde abajo y envolviéndome mientras con los labios y la lengua, jugueteo con su glande.

Apoyo la mano sobre la suya, que todavía me acaricia el seno. Luego desciendo a mi intimidad acariciándome las costillas, el vientre hasta llegar a las bragas de encaje negro.

Apoyo la mano en la humedad de mis líquidos y comienzo a tocarme, pero no resisto mucho: busco con los dedos el elástico, lo hago a un lado y comienzo a tocar mi piel. Desciendo con los dedos y comienzo un sensual masaje en el clítoris hasta que, ebria, meto un dedo y al mismo tiempo, abro la boca para acoger la entera virilidad de mi hombre.

Dios, cómo quisiera que me tomara ahora.

Dios, cómo lo quisiera.

Elevo la mirada llena de deseo y cruzo con sus ojos castaños que reflejan mi misma voluntad.

También él quisiera, pero no es este el modo, no es este el momento preciso.

Su ardor y su pasión no son completamente míos, gran parte de ellos

están puestos en la misión que atenderá dentro de poco.

Me voy de nuevo con ardor hacia su miembro, ayudándome a estimularlo con la mano libre, mientras con la otra todavía metida en la ropa interior vuelvo a masturbarme a ritmo más rápido, procurándome un placer siempre más intenso que sigue el paso del que está sintiendo él.

Estoy ya al límite. Mis dedos continúan resbalando cada vez más frenética y mi boca, ávida, lame y succiona a mi hombre, que enarca la espalda y que pulsa entre mis labios.

Es un momento.

Un estremecimiento parte de mis muslos ahora bien abiertos y llega directamente a mi estómago, procurándome un éxtasis sublime, recorre mi espalda contorsionándome de placer mientras él explota en mi boca conteniendo un grito de placer.

Por instantes interminables nos quedamos así, el uno en frente de la otra, gozando en paz de nuestro orgasmo, luego una voz que él bien conoce, proveniente del corredor, interrumpe bruscamente nuestro idilio.

—Es hora —susurra.

Se levanta del diván y se arregla.

Toma la chaqueta de la percha, extrae de la bolsa interna un cortaplumas y, aferrándolo, mete la mano en el bolsillo de los pantalones, luego me deja en la salilla y se dirige hacia el baño de los huéspedes.

Con su sabor todavía en mi boca, me acomodo y espero impaciente su retorno, para permitirle huir sin ser observado.

8

—Julia ha llegado a una señalación interesante, debemos ir.

Mario Brezzi irrumpe en mi oficina sin hacerse anunciar y, en ese mismo instante en que sus modales de caballero desvanecen, cubiertos por la febril excitación de tal vez haber encontrado una pista, me doy cuenta de la urgencia y me pongo de pie detrás del escritorio.

—¿Dónde?

—Si lo digo, no lo creerías.

—Vamos Mario, no te hagas el misterioso.

—Bien, se ha cometido un homicidio en el Dark Angel.

—¿*Aquel* Dark Angel?

—Exactamente... dentro del Dark Angel.

—¿Hay algún detalle?

—Hombre, de unos cincuenta años, encontrado en los baños del local.

—¿Sospechosos?

—Todos y nadie, como siempre, pero... lo que te quería decir... murió porque... —Brezzi se interrumpe y toma un gran respiro, luego prosigue:

—Le han abierto la garganta con un arma cortante.

Mario se queda un momento inmóvil, pasmado luego, como despertándose de un largo sueño que, en realidad ha durado poco más que un pestañeo, añade al mismo tiempo que yo:

—No existen las coincidencias.

Intercambiamos una rápida mirada de entendimiento. Luego Brezzi retoma:

—Vale la pena hacer una inspección, ¿no crees?

—Cierto. Y con seguridad no me detendré, ni siquiera por evitar molestar a alguien.

Después de una media hora estamos en el local, un refinado club nocturno en la periferia oeste de Milán.

Los agentes que han llegado al lugar están haciendo las indagaciones e identificando a todos los dependientes y los clientes a quienes no se les ha permitido alejarse.

Entro a una gran sala que al centro tiene una pista de baile brillantemente iluminada por ejes de luz alógena.

En seguida, encontramos un agente al que le pido indicaciones y que me dirige hacia otra sala similar a la primera, pero un poco más pequeña e íntima, en que la pista de baile está reemplazada por una serie de mesas redondas con dos sillas cada una, adornadas con elegantes manteles y en cuyo centro yacen candelabros de tres brazos con diseño moderno.

De la parte opuesta de la sala redonda, el acceso a un arco coronado por el letrero "Privé" está limitado por la cinta blanca y roja, y por dos agentes con uniforme reglamentario.

Antes de dirigirme hacia aquella área, miro al techo, observo las cámaras de circuito cerrado que se utilizan para seguridad.

Con paso decidido Brezzi y yo llegamos a la entrada del “privé”, donde pido a uno de los dos agentes dejar su lugar para buscar al propietario del lugar, un tal Tony Santarossa, y para recuperar los registros de las cámaras; entonces Brezzi eleva un poco la cinta e, inclinándome, entro seguida de mi fiel superintendente.

El pasillo que recorreremos se abre luego de una decena de metros y sobre la izquierda comienzan a aparecer una, dos... ocho puertas equidistantes entre ellas.

Las puertas están todas abiertas y noto que las habitaciones a su interior están decoradas estilo minimalista, pero con clase: parqué en el pavimento, divanes de materiales preciosos, mesitas incrustadas en estilo gótico. Al fondo una puerta, también abierta, donde un nudo de agentes y de médicos está haciendo indagaciones: el lugar del delito, los baños.

Me volteo atrás y noto que otra puerta, opuesta a la de los baños, es la única que está cerrada. De lejos se nota un letrero al centro, en el cual se ve en color blanco con un fondo azul las palabras “Reservado”.

—¿Cómo es que esa puerta está cerrada? —Pregunto a uno de los agentes.

—Señor, ese es el acceso a los camerinos de las artistas. Cada una de ellas posee una llave y son las únicas que pueden entrar y salir de ahí. Las encontramos cerrada, pero estamos viendo que la abran.

—Bien, —replico.

Paso el umbral del baño y, en cuanto llevo la mirada al piso, mi parece tener *un déjà vu*.

Inclinado en el cadáver de un hombre de unos cincuenta años con la garganta rasgada, el médico legal está cumpliendo con las últimas indagaciones.

El cuerpo está puesto boca abajo en un charco de sangre delante de los orinales y con los pantalones bajados. El asesino debe haberlo cogido por la espalda mientras intentaba despachar sus necesidades: para él no hubo escapatoria.

Gotas de sangre manchar por todos lados las paredes.

La escena me recuerda al cadáver de la chica en el parque.

—Doctor...

Antes de que pueda terminar la pregunta, el médico me responde con sequedad: —Sí, Montorsi, el mismo modus operandi de la otra vez, los mismos resultados, al parecer. No puedo estar completamente seguro, pero se diría que el arma es la misma, y seguramente la altura y el cuerpo de nuestro asesino son compatibles con el de la muchacha del parque.

—¿Algo más?

—No. Como la vez anterior, se puede asumir que el asesino haya tomado a la víctima por sorpresa porque no hay signos de lucha, pero para que esté segura, debe esperar al reporte de la autopsia.

—¿Se conoce la identidad de la víctima?

Me responde un agente: —Sí, inspector. Se trata del doctor Bonomi...

—¿Aquel doctor Bonomi?

—Sí, inspector... y, a propósito de esto, no es el único rostro conocido del local... no sé si tuvo tiempo de mirar a su alrededor, pero creo que hay algún político de rango...

Lo interrumpo bruscamente: —¡Comprendo! Gracias.

Giro sobre mí y vuelvo rápidamente en la sala grande, subo a la consola del disc-jockey y enciendo el micrófono.

—Señores, un momento de su atención, les ruego.

Me aclaro la voz y luego, en tono perentorio digo: — Están todos bajo arresto. Nadie está autorizado para abandonar el local sin mi permiso directo o del superintendente Brezzi y, obviamente, sin haber sido identificado antes... es un trabajo largo, pero tengan paciencia... gracias por la colaboración.

Un zumbido se eleva en la sala y una voz trueno: —Usted no sabe quién soy yo.

Me dirijo hacia el hombre, furioso y con la mirada iracunda. Lo reconozco inmediatamente. —Sé muy bien quién es, diputado Verri... pero la cosa no tiene gran importancia. Repito a usted y a todos los presentes que, a nadie, y subrayo “a nadie”, se le concede dejar el local sin mi permiso.

Prácticamente puesto en ridículo en público, al diputado Verri se le baja toda la audacia, vuelve tranquilo y busca esconderse en el vano intento de volver al anonimato.

El zumbido sube de intensidad, pero no me preocupo. Bajo de la consola y comienzo mi trabajo.

Después de varias horas, Mario y yo volvemos juntos al comisariado y llegamos al punto de la situación.

—Entonces, Giulia, el cadáver ha sido encontrado por un vigilante del privado a las 23:35, minutos más, minutos menos, y desde entonces nadie ha salido del local hasta que llegamos todos.

—Extrañamente, no había periodistas...

—No es tan extraño, Giulia. ¿Has visto a la gente que frecuenta aquel local? Nadie ha podido salir y nadie ha podido entrar al local gracias a nuestra rápida intervención, pero, sobre todo, gracias al servicio de guardia y a los guardaespaldas de algunos personajes influyentes. La presencia de políticos de renombre en el Dark Angel haría que inmediatamente se hiciera un escándalo.

—Esto nos puede ser útil. La única noticia filtrada es la identidad del hombre asesinado, pero no se pueden hacer milagros.

—El superintendente ha puesto el local bajo secuestro y en un máximo de veinticuatro horas deberíamos tener las filmaciones de las cámaras de vigilancia, pero...

—Sé lo que estás por decir, Mario. Como salieron sin ser observados los diputados, después de levantar el arresto, así se debió salir el asesino: la salida del servicio de camerino de las chicas, así como toda el área privada no tiene cámaras... ¡Maldición!

—En realidad hay una cámara. He hablado anteriormente con el propietario, Antonio Santarossa... ha estado muy cooperativo.

—No me tengas en ascuas, Mario.

—Bien, precisamente observaba que el área privada, comprende los saloncitos y los camerinos de las “artistas”, está privada de vigilancia... a excepción del baño. Mientras todas las otras cámaras están bien a la vista para dar una sensación de seguridad a los clientes, la del baño está mimetizada y escondida.

—¿Una cámara en el baño de los hombres? ¿Qué mierda de perverso...

—No apresures conclusiones. Efectivamente es una cámara privada, fuera del circuito de seguridad del local, por obvios motivos de

privacidad, pero la versión de Santarossa es que sirve para mejorar la seguridad del lugar... si alguien se sintiera mal o para evitar el consumo de droga... ese tipo de cosas.

—¿Y te lo tragaste? No te creía tan ingenuo, Mario.

—Lo que usé fue ironía, Giulia. Claro que no me la he tragado, por eso hice presión en Santarossa y recuperé el DVD con las últimas cuatro horas de registro. Tal vez podamos atrapar a aquel hijo de puta... y, por tanto, Santarossa ha sido convocado mañana a la comisaría para dar explicaciones.

—Muy bien, Mario... a Santarossa lo interrogo yo. Ahora vamos a trabajar.

—¿Crees que sea realizado por la misma mano?

—Más que una sospecha es casi una certeza.

9

Meto la llave en la cerradura y, con dos giros precisos, hago saltar el picaporte de la puerta blindada que, inmediatamente después, abro.

Paso el umbral, luego cierro la puerta detrás de mí con dos vueltas.

Estoy en casa.

Me quito la chaqueta y lo pongo en la percha al lado de la entrada.

Me quito velozmente los zapatos, que vuelvo a poner en el armario, luego me dirijo hacia el baño.

Entro, hago correr la puerta de vidrios de la cabina de la ducha y abro todo el mezclador.

Mientras el agua que corre copiosa se calienta, comienzo a desvestirme. Desabrocho el cinturón de la pistolera y la coloco cuidadosamente en la parte plana del lavabo.

Me quito las gafas, que ahora uso diariamente a pesar de que mi miopía leve me permitiría tranquilamente hacerlos menos; son un capricho, un exceso de vanidad que hace mis rasgos más inteligentes y menos banales a los de una mujer común.

Coloco los anteojos al lado de la jabonera en el estante bajo el espejo, que refleja la imagen de mi rostro. Comienzo a contemplarlo.

A pesar de mi joven edad, las señales del estrés y del tiempo, comienzan a hacerse ver: un principio de patas de gallo alrededor de los

ojos, algún hilo blanco en los cabellos que deberé cubrir con mi peluquero en cuanto tenga tiempo.

Quito la mirada de mi imagen reflejada y la bajo hacia los pantalones, que comienzo a desabotonar. Llegando al último, los dejo caer a mis pies, liberando las piernas que desnudo cuando, no sin dificultad, me quito las medias.

Me saco la camiseta y la dejo tomar el lugar junto a mis pantalones, a mis pies, luego, me inclino para recoger todo y, doblar mis prendas de modo que pueda colocarlas en el cesto de lavandería que está frente a la cabina de la ducha.

Vuelvo a abrir la puerta de vidrios y tanteo con una mano la temperatura del agua, probando, al contacto, una agradable sensación de calor.

Me quito la ropa íntima y, llevando las manos a la espalda, trato de quitarme el sostén. Logro hacerlo rápidamente, por lo que las manos recorren sobre los hombros desnudos haciéndome cruzar los brazos sobre el pecho, en búsqueda de los tirantes.

Retiro las sutiles tiras de tela de los hombros y dejo caer la indumentaria quedando solamente con las bragas puestas y de frente a la entrada de la cabina de la ducha.

Mis usuales movimientos son interrumpidos de pronto por el timbre de la puerta y, dentro de mí, maldigo a aquel diablo que ha venido a perturbarme a esta hora de la noche.

Grito a mi huésped inesperado y desconocido que espere mientras me giro hacia mi toallero para tomar un albornoz que está colocado ahí.

Salgo del baño y, mientras mis pies desnudos pasean por el piso de cerámica siento escalofríos subir de mis extremidades hasta mi espalda.

Mientras camino hacia la puerta, busco con torpeza, ponerme la bata; una vez puesta, me doy cuenta de la ausencia de la cinta, probablemente se ha quedado en el baño, por lo que tomo los bordes opuestos a la altura del pecho en el vano intento de cerrarlo.

Llego a la puerta y, mirando a través de la mirilla, veo un rostro familiar que me sonríe en la oscuridad, iluminada artificialmente por el neón del estacionamiento.

Hago girar la llave de la cerradura y abro a mi visitante.

Él se queda un momento quieto en el umbral para observarme, luego nuestras miradas se encuentran.

Me empuja dentro del apartamento y vuelve a cerrar la puerta a sus espaldas.

Me abraza y me da un beso apasionado.

Nuestras lenguas se encuentran mientras una oleada de calor me envuelve completamente.

La mano que antes tenía cerrada la bata ahora toma su cintura.

La indumentaria resbala de mis hombros y cae en la tierra, dejándome sin defensa.

Ya dueño de la situación, Carlo pasa una mano bajo mi muslo y la dirige hacia él, dándome una señal inequívoca; ante la cual, con agilidad felina, me cuelgo de él rodeándole la cadera con las piernas. En menos de lo que se puede decir, me encuentro acostada en la cama, objeto de todas sus atenciones.

10

La luz que se filtra de las persianas cerradas y da en mi rostro, a pesar de ser débil, es suficiente para quitarme la somnolencia que tenía.

Estiro un brazo en búsqueda de mi compañero, pero a mi lado encuentro solo un lugar vacío y todavía caliente.

Lentamente, todavía presa del entumecimiento, me giro en la almohada en dirección de aquella ausencia que, después del tacto, me viene confirmada por la vista.

Lo amargo de la sorpresa de encontrarme sola en la cama inmediatamente cede su lugar al buen olor de café recién hecho que proviene de la entrada de la recámara.

Carlo está de pie y sostiene una bandeja sobre la que se apoya un moka y dos tacitas, algunos bizcochos tostados y un par de tarros de mermelada.

—Buenos días.

Con esfuerzo estiro los brazos, busco despertarme completamente y pronunciar alguna frase que concuerde, a pesar de la boca pegada.

—¿Qué hora...?

—Es pronto, quédate tranquila, —me tranquiliza Carlo mientras se

acerca y apoya la bandeja en la cama.

—Café amargo y mermelada de fresas... ¿recuerdo bien?

—Muy bien, gracias.

—Entonces desayuna y luego una ducha. Yo, mientras tanto voy a acomodar mis cosas... luego debemos hablar, te espero allá. —y me truena un beso en la mejilla.

En pocos minutos termino el alimento, luego me levanto de la cama dándome cuenta que estoy desnuda.

Mientras avanzo hacia el baño busco la bata en el desorden que hay. Intento buscarlo a la entrada de la puerta y, junto a ella, regresan todos los recuerdos de la noche transcurrida.

Me doy una rápida ducha, me seco y me pongo lencería limpia, luego me envuelvo en la bata y vuelvo a la sala donde se encuentra Carlo, sentado cómodamente en el sillón, leyendo y hojeando unos papeles y documentos que creo que son sus notas.

Mi presencia lo interrumpe de su actividad y yo, ya completamente despierta y lúcida, lo insto: —¿Qué debes decirme?

Carlo sonríe y luego, irónico, responde: —La dulce y pasional Giulia ha dejado su lugar al irrepreensible inspector Montorsi.

—¿Es el título de tu nuevo artículo?

Carlo, pragmático y seguro de sí, deja caer mi frase en el vacío y el tono dulzón de la conversación se vuelve más grave.

—Federico Menti me ha propuesto un trabajo: redactor y enviado especial de su telediario.

Presa de un irrefrenable instinto le salto al cuello, lo abrazo y lo beso: — Estoy contenta por ti, era la oportunidad que esperabas.

—De hecho. Finalmente, dejaré este sucio trabajo en el olvido y me dedicaré a algo en serio... es uno de los motivos por los que pasé a verte, quería que fueras la primera en saberlo.

Lo miro perpleja. —y ¿Cuál es otro?

Carlo se pone más serio que antes, me mira a los ojos y suspira antes de retomar la conversación.

—Menti ha puesto dos condiciones: la primera es que me trasfiera a Roma, en contacto con la sede de la redacción, y la segunda es que le traiga una primicia.

Como si fueran las dos cosas más naturales de este mundo, sonrío dentro de mí y le respondo. —¿Por qué lo dices en tono tan grave? No me parece que sean problemas.

—Espera, aún.

Después de estas palabras, Carlo extrae de su maletín una carpeta de manila llena de documentos y la coloca en la mesa de cristal—. Teníamos un acuerdo y estoy aquí para dar fe a mi promesa, pero esta es la primicia que quisiera llevar a Menti.

Abro la carpeta y leo en la primera página algunas de las notas de Carlo escritas a mano, luego reviso más documentos, mientras en mi mente comienzo a tener la idea de que este paquete representa un punto de incidencia con mis indagaciones, además de la convicción de que deberé contraer un compromiso con el hombre que está sentado delante de mí.

11

Inmóvil.

Mi vida está inmóvil, bloqueada por este artilugio, un montón de basura que todo el mundo llama silla de ruedas.

Inmóvil desde que aquel maldito día, aquel maldito perro, aquella maldita lámpara, entraron prepotentemente en mi destino y, con la misma velocidad, salieron desgarrando la esencia de mi cuerpo, dejándome el alma.

Y como cada tragedia que se respete, soy el único que conoce esta atroz verdad que, lamentablemente, no lograré nunca contar a alguien, estoy todavía consciente, pero todos creen que soy un cascarón vacío sobre una silla de ruedas; primero que nada, mi madre.

Mi madre que ahora está sentada ahí, en la sala, hablando con el mismo hombre que hace un año entró en nuestra casa con dos ojos incrédulos y llenos de interrogantes y salió con las mismas, llenas de una lúcida locura de la que, probablemente, solo yo me di cuenta.

Mi intelecto, mi mente, está activa y bien entrenada porque ya es lo único que me tiene ligado a este mundo, a pesar de que es el mismo instrumento que me tortura todos los días, recordándome los tiempos en que podía caminar, correr, hablar; aquellos tiempos en que conducía una

vida normal como todos los chicos de mi edad. En aquellos momentos, quisiera tanto que todo terminara, tener todavía la capacidad de poner fin a mi sufrimiento, un sufrimiento similar al que el hombre está sintiendo por mi causa.

Mi memoria hace emerger ahora aquel encuentro, el encuentro que causó su cambio, el encuentro que le hizo conocer la verdad, una verdad tan absurda, que lo llevó a la locura, una verdad de la que fui testigo ocular y que, hasta entonces, ignoraba, pero de la que yo era la causa directa.

—... Francesca, no puedo creer un error tuyo así de enorme. Eres nuestro mejor bioquímico, estamos en fase tardía del experimento clínico y, ahora, después de tres años de estudio, ¿me presentas este informe? —Mientras el hombre instaba con preguntas incesantes y siempre más decididas, mi madre vacilaba, lo escuchaba silenciosa, buscaba contrapelo sin convicción. Con cada intento de respuesta hecho, el hombre la callaba con otra pregunta, otra insinuación cortante que parecía una acusación contra sus acciones. El hombre intuía la verdad, pero no la comprendía plenamente. Sabía que había algo equivocado, pero ignoraba los motivos, hasta que hundió a mi madre en sus responsabilidades—. He verificado y vuelto a verificar todas las carpetas de los pacientes sometidos al estudio. La molécula que has construido no tiene efectos particulares colaterales, es segura y, sobre todo, funciona... es algo fantástico, revolucionario... ¿y tú me dices que debemos interrumpir? ¿Por qué?

Fue en ese momento en que mi madre se soltó a llorar y comenzó a contar la verdad que, hasta aquel momento, la había oprimido como una roca pesada, revelando al hombre atónito que aquel reporte era el precio a pagar.

La persona a la que mi madre se había dirigido para pedir ayuda, que me había ayudado a desintoxicarme y que ahora pagaba mi costosísima cura médica, que había permitido a mi madre continuar trabajando y ocuparse de mí, esa persona que también yo odio, como comenzaba a hacer ese hombre, porque me había arrastrado a la muerte confinándome a este limbo, tramaba en la sombra.

Luego de haberme salvado y haberme llevado a casa, se había

presentado para exigir el pago de sus favores y, con el asombro de mi madre, quería sabotear los estudios.

A mi madre le parecía un pequeño precio para pagar; renunciar a aquello que había soñado desde siempre, a cambio de mi vida, pero las dudas la destruían; ¿entonces se puede definir como vida a mi existencia?

En aquel momento, el hombre realizó aquello que había sucedido y que le estaba ocurriendo. Fue entonces que sus ojos se llenaron de odio y se iluminaron de aquella luz que solamente yo vi.

Mi madre prosiguió contando y, con cada palabra interrumpida por suspiros y por incesantes sollozos, el odio crecía en los ojos del hombre que ya no escuchaba más con la atención que le había prestado hasta aquel momento. De sus ojos, que solo yo lograba comprender, transpiraba el viaje que sus pensamientos retorcidos estaban velozmente fabricándose en su mente para llegar a aquel punto identificado como venganza. Laura sabía. Laura no había muerto por un robo cualquiera. Laura había sido asesinada por un motivo preciso. Laura estaba muerta porque sabía. “Ella” debía pagar. Todos debían pagar caro el haberle arrancado su amor.

Todos habrían sufrido la misma suerte que su amada. Todos... también mi madre.

Ahora, a distancia de un año, aquel hombre ha vuelto para cerrar el negocio a su modo y yo no puedo hacer nada para detenerlo.

Mi madre le pasa un envoltorio de documentos, luego se levanta de la mesa y le da la espalda.

El hombre, que siempre estuvo de pie, extrae de la bolsa de los pantalones un cuchillo.

Quisiera levantarme para defenderla, gritar, pero mi cuerpo no responde.

El hombre levanta el cuchillo sobre la cabeza, listo para desfogar su rabia sobre mi madre, que se queda impasible y resignada, lista a pagar con su vida las culpas de que se ha manchado.

El filo del cuchillo destella en la mano del hombre.

Intento cerrar los ojos para no mirar la atroz escena que ocurre veloz delante de mí, pero no puedo ni siquiera hacer eso. Dentro de un momento aquel filo estará manchado de sangre.

El hombre da un paso adelante, luego asesta el golpe.

Un sonido sordo resuena en la sala.

—Tu hijo todavía te necesita.

El hombre toma el envoltorio, vuelve sobre sus pasos, abre la puerta y se va.

La hoja clavada hasta la mitad en la mesa de la sala continúa brillando mientras mi madre, todavía de espaldas, cae de rodillas y se suelta a llorar.

12

—Giulia, descansa. Son más de cuatro horas que estás mirando esa grabación. —Brezzi entra en la sala de proyección mientras estoy mirando el video de las cámaras del baño del Dark Angel. Estoy tan concentrada en las tomas que no me doy cuenta de su presencia, a pesar de que la luz filtrada por la puerta debe de haber iluminado la habitación, que ahora está nuevamente sumida en la penumbra de las imágenes en blanco y negro provenientes de la pantalla—...

habrás visto aquellas imágenes tal vez ya una cien veces.

—Ochenta y siete, Mario, solo ochenta y siete veces y no he podido localizar aquel detalle: sé que está, pero se me va.

Brezzi enciende la luz de la habitación, procurándome una punzada en los ojos ya habituados a la semioscuridad, luego se acerca al reproductor de video y lo apaga.

—Llegemos al punto de la situación, tal vez algo te vendrá a la mente.

—De acuerdo, Mario. Entonces, repítame cuáles son los elementos que resultan del video... y de este en particular.

—El asesino no aparece nunca directamente, por lo que se puede deducir que conoce la posición de las cámaras. Prosiguiendo con esta hipótesis se puede decir que hay alguien que conoce bien el local: alguien que trabaja ahí, que ha trabajado o tal vez un cliente habitual que, en tal caso, ha hecho una o dos visitas antes de llevar a cabo el delito.

—¿Otros elementos?

—El asesino es un hombre, por dos motivos. El primero es que de las imágenes que tenemos parece usar una chaqueta y, muy probablemente, en los salones privados pueden acceder solo las chicas que laboran en el local y quien les acompaña, y vista la ropa que habitualmente portan las muchachas, excluimos la posibilidad de que se trate de una mujer.

—Bonomi está de pie delante del mingitorio y parece no darse cuenta de aquello que sucederá, ni siquiera en el momento en que el asesino le pone la mano izquierda delante de la boca para no hacerlo gritar y con la derecha le clava aquello que parece ser un cortaplumas o un cuchillo suizo en la garganta. Deducimos que el asesino es diestro o ambidiestro

—Desde el momento en que el asesino entra al baño y cuando Bonomi es asesinado pasan al menos veinte segundos. No hay lucha o vacilación, por lo que el homicidio es premeditado.

—No solo es premeditado, el asesino seguramente ha seguido los movimientos de Bonomi al interior del local porque ha actuado con seguridad.

—Así es, Giulia, pero no restrinjamos el campo: podría ser alguien que ha seguido a Bonomi solo al interior del local, o tal vez alguien que lo seguía desde antes, que conocía sus movimientos.

—No divagamos, Mario, las conclusiones después, analizando primero todos los elementos a disposición, por ejemplo, ¿qué no se ve en el video?

—Bien, hay más cámaras colocadas al interior del local: a la entrada, en todos los baños, en la pista de baile, en la zona de descanso; todo el local está bien monitoreado a excepción del área de los salones privados, per lo tanto no tenemos grabaciones ni del saloncito ni del corredor que los une y que lleva de un lado a los camerinos de las chicas y del otro, al baño de los clientes. El baño de las chicas, como los vestidores y las bodegas, son lugares con acceso reservado solo al staff y, por lo tanto, privados de cámaras, mientras todos los otros lugares accesibles al público están dotados.

—Exacto, y como nos ha," gentilmente" dicho el titular, la falta de cámaras en el área privada es anulada por la presencia de un gorila que, además de controlar el área, regula el acceso.

—¿Entonces?

—Entonces de otro video, del que lamentablemente no logramos ver quién entra al privado, emerge que el gorila no se ha movido nunca de su posición desde dos horas antes del delito.

—No entiendo a dónde quieres llegar.

—Te explico. He recogido la misma noche, las declaraciones del gorila y, cuando lo interrogué hace algunos días, ha confirmado sustancialmente sus primeras declaraciones. Es decir, nada extraño a la entrada o salida del privado: nadie que conociese directamente ha tenido acceso más que los clientes y las muchachas. Teniendo por buena su declaración, y verificando el video, en la hora antes del homicidio en el privado había

cuatro chicas y cuatro clientes.

—Ahora todo me es claro.

—Hay más. Excluyendo a las muchachas y al gorila, por los motivos expuestos, el asesino seguramente es uno de los cuatro clientes. Dos fueron identificados cruzando los videos con los testimonios de las respectivas acompañantes, y se encontraban todavía al interior del local cuando la primera patrulla llegó al lugar. Esto los excluye a priori.

—¿Por qué motivo?

—¿Notaste la cantidad de sangre que había en aquel baño, pero, sobre todo, las manchas en las paredes? Nuestro hombre puede haber sido astuto, pero no pudo evitar ensuciarse. Una vez salido del privado y del local, pudo no ser notado por el staff o por los otros clientes, simplemente porque el local está prácticamente oscuro y las manchas de sangre en las prendas oscuras pueden escapar a las miradas distraídas, sobre todo si nuestro hombre salió del local en el momento inmediato en que sonaron las alarmas; pero cuando llegamos nosotros al local estaba totalmente iluminado, si nuestro hombre hubiera sido uno de ellos lo hubiésemos arrestado inmediatamente, sin embargo... existe siempre la vía de fuga alternativa, la que atraviesa el camerino de las chicas... podría indicar la complicidad de alguien al interior, al estado de las cosas, difícil de demostrar... las declaraciones del gorila concuerdan con las de Santarossa y con lo que hemos constatado en persona: si se quiere salir sin ser molestado del local, es posible hacerlo a través de los camerinos, simplemente dando unos cuantos euros a la propia acompañante, pero ahí no se puede entrar, y por las imágenes que tenemos del ingreso resultan solo dos personas que estaban en el local aquella noche, pero que no hemos interrogado: la primera es la víctima, la segunda, que no hemos todavía identificado, es seguramente el asesino.

—Detalles, inspector Montorsi, detalles... es en esto que eres insuperable.

—Deja de jugar conmigo y busquemos llegar a una conclusión.

—Entonces el sospechoso queda siendo uno: hombre, cliente del local y, por lo que hemos dicho, cliente habitual. El acceso al local es público pero hay selección de entrada, sobretodo a causa de los precios exorbitantes, por lo tanto no hay registro de las entradas. Para mantener

la privacidad todos pagan de contado, con buena paz de nuestros colegas de la guardia de finanzas que durante sus inspecciones se deben fiar a los registros de las tarjetas de crédito y no encuentran ni un centésimo fuera de lugar... dejamos perder... por este motivo estamos de vuelta al punto de partida: nuestro hombre tiene características genéricas.

—Mmm... ¿Qué dice el reporte de la autopsia de Bonomi?

—Lo que sospechábamos. Bonomi tenía más alcohol que sangre en las venas, pero no había trazas de estupefacientes. Fue muerto por un golpe hecho con objeto cortante que ha traspasado la arteria carótida derecha a la altura del cuello. La muerte llegó después de un par de minutos por hemorragia combinada con hipoxia cerebral, pero no vemos reacciones de la víctima en el video, porque, presumiblemente, estaba completamente borracho después del golpe, la conmoción podría haberle causado un desmayo. La herida es compatible por tipología, a aquella encontrada en la víctima del parque, pero hasta que no tengamos un arma del delito, no hay certeza. Por el ángulo y la fuerza con que fue inferido el golpe, el asesino debe tener una altura de alrededor de un metro setenta y de complexión media si fuera un hombre, o tal vez una mujer más bien robusta.

—Este último detalle deja sin duda el hecho de que el asesino sea un hombre...detalle... detalle... maldición, ¡soy una estúpida!

—¿Qué sucede, Giulia?

—Hazme ver nuevamente el video...inmediatamente.

Brezzi, contagiado por mi frenesí, vuelve a encender la pantalla y el reproductor y sigue mis órdenes.

—Adelante... adelante... ahí, un poco atrás... deténlo, aquí en esta imagen...

¿se puede agrandar un poco?

—Claro, Giulia, no soy un técnico, pero dame solo un instante... ahí está.

—...maldición, no es posible.

—Giulia, no comprendo.

—Mario, ¿dónde estás mirando? Estás mirando al arma del delito ¿no es así? Es por esto que hasta ahora se nos había escapado. Nuestra atención siempre se ha concentrado en identificar el arma del delito, yo

en cambio, estoy mirando la otra mano, la izquierda.

—Bien, qué hay de extraño... en la muñeca lleva un reloj común...

—No es un reloj común... agranda un poco más.

—Tienes razón... es particular... un cuadrante con un ave de dos cabezas...

—No es un ave cualquiera, es un águila... y si notas bien, hay incisiones en la correa, lirios entre las ramas.

—¡Es verdad! Parece que conoces bien este objeto.

—Quiero que no profieras palabra alguna con nadie sobre esto que estamos viendo aquí, ¡es una orden!

—Pero, Giulia...

—¡Ningún “pero”! Asumo toda la responsabilidad. Y ahora, por cortesía, dame el archivo del caso Falchi.

13

Encerrada en mi oficina por horas para examinar el único interrogatorio verbal entre las decenas de interrogatorios registrados de la última semana, estoy cada vez más convencida de que la solución del caso sea aquella que se ha colocado inesperadamente delante de mí.

Los indicios a disposición son claros, obvios y llevan todos a una única e inexorable conclusión, de la que no logro convencerme porque, a mis ojos, simplemente es absurda.

Los únicos elementos que me tienen aferrada a la esperanza que la solución sea otra son la ausencia de un motivo aparente y la falta del arma del delito.

Nunca he creído en el destino, pero, por una broma suya, al comienzo de esta investigación estaba ansiosa de poner las manos sobre el culpable y ganarme la merecida promoción, ahora quisiera, simplemente, estar equivocada.

Lamentablemente el archivo de Scala, el filmado por las cámaras de circuito cerrado del Dark Angel y ahora el testimonio de Kris Mirozov dejan espacio a poquísimas dudas.

Kris Mirozov, habiendo dejado sus datos al intendente de guardia, entró en mi oficina, la última “persona informada en los hechos” interrogada ayer en la noche después de horas y horas de trabajo

transcurridas para interrogar personas y “autoridades” presentes en el Dark Angel la noche del delito Bonomi que no habían visto ni escuchado nada o estaban acompañadas de su propio abogado para dejar un lacónico: “Nada que declarar” y para exhortarme a “mantener el más estricto silencio” sobre su presencia en el local.

La luz del atardecer que se filtraba por la ventana a mis espaldas iluminaba el rostro de Kris, haciéndola todavía más bella de lo que recordara.

A primera vista, había tenido dificultad para reconocer, en la chica que tenía de frente, la misma mujer que vi en el club nocturno la noche del homicidio Bonomi; ahora usaba un par de pantalones negros, una camiseta estampada con zapatos y bolsa, llevaba los cabellos recogidos y apenas un poco de maquillaje. Era difícil creer que aquella chica, de noche, se transformara en una de las acompañantes más requeridas del lujoso club nocturno de Milán y que no desdeñara, alguna vez, realizar la profesión más vieja del mundo.

Las prendas que portaba y sus modos la distinguían de entre las jóvenes comunes, lejana a miles de kilómetros de un mundo hecho de luces, colores y lentejuelas que andaban a la par con sexo y cocaína. Además, demostraba su edad, a diferencia de cuando la noté en el club nocturno, también porque era imposible de otra manera, en tacones de doce centímetros y con un vestido de noche rojo fuego ampliamente escotado a la espalda.

Hice acomodar a la chica, que se sentó delante de mí, y comenzamos aquello que se volvió un largo y exhaustivo coloquio.

—Señorita Mirozov, ¿dónde se encontraba en el momento en que fue encontrado el cadáver?

—Estaba en la zona privada, la sala más alejada de los servicios.

—¿Estaba con un cliente?

—¿Qué quiere decir?

—¿Estaba con un cliente habitual, uno que conocía desde hacía tiempo y del que pueda darme algunos detalles, o tal vez estaba en un encuentro ocasional?

—¡Cómo se atreve! ¿Por quién me ha tomado? No ose tratarme como una puta. No sé qué cosa cree que sabe sobre mí o sobre el Dark Angel,

pero en lo que respecta a mí, se está equivocando, y mucho. Me gradué con honores en ingeniería nuclear en mi país y conozco perfectamente cuatro lenguas, por lo que no me trate como a una estúpida o de la misma manera que a las mujercitas con quienes ha tenido que ver hasta ahora... Sí, soy una chica hermosa, atraigo a los hombres como la miel a las abejas, y ¿entonces? ¿Es algo malo?... ¿es un delito?

Después del imprevisto ataque de ira, Kris se calmó, retomó comportamiento manteniendo una mirada fiera y segura de sí.

—Yo no tengo “clientes”, como dice usted. En el local hacen fila para adjudicarse mi compañía, pero es un desafío, del todo inútil dado que soy yo, solo yo, quien decide si y con quien transcurre la noche o parte del tiempo conmigo... y estas personas son todas respetables, son mis amigos, hombres que no se permiten siquiera tocarme si yo no quiero, hombres que si vienen a la cama conmigo lo hacen solo porque yo los encuentro interesantes y porque a mí me gusta hacer el amor: ¿esto le escandaliza tanto?

Me quedé mirando a Kris Mirozov sin pestañear, en absoluto sacudida por sus expresiones. Ella, con la impetuosidad de un río en plenitud que se lleva todo a su paso, prosiguió decidida aclarando su punto de vista.

—No sé y no me interesa qué hacen las otras muchachas en el local, con las que nunca convivo, y si el local las explota, mucho peor por ellas. Yo tengo un contrato regular de trabajo con pago de contribuciones de seguridad social... hace ya tres buenos años que vivo en Italia y comprendo bien cómo funcionan ciertas cosas... no vendo mi cuerpo por dinero y con quien me voy a la cama, si me permite, son mis asuntos.

—¡Bien! Ha aclarado su punto de vista. Deduzco entonces que estuviese en el privado con su amigo, una persona que frecuenta habitualmente.

—Exactamente.

—¿Puede, gentilmente, darme los datos de su amigo y contarme qué estaban haciendo en el momento en que se encontró el cadáver?

—Las personas que frecuentan el Dark Angel aman la privacidad y, aunque no fuera así, no creo poderla ayudar mucho... se llama Marco, pero yo lo llamo, simplemente, doctor.

—Es demasiado curioso de su parte ignorar la identidad de aquel que

define como “su amigo”.

—Tal vez usted lo conoce en detalle... olvidaba que es un policía, seguramente conocerá vida, muerte y milagros de todas las personas que frecuenta.

—¡No sea impertinente! Como bien ha observado soy un policía y usted se encuentra en una comisaría como “persona informada de los hechos”, por lo que le conviene colaborar y responder a mis preguntas.

Por un momento Kris perdió audacia.

—De acuerdo, disculpe.

—Volvamos al asunto entonces. ¿Conocerá algo más de este esquivo Marco?: ¿Edad, estado social? y... a propósito, ¿por qué doctor?

—Frecuenta el local desde hace un par de años, pero lo conozco apenas desde el año pasado. Es joven, de unos treinta años diría, siempre bien limpio y bien vestido... leo siempre una extraña melancolía en sus ojos, y esto es lo que me ha fascinado de él... no habla casi nunca de sí, y es una persona muy reservada, lo llamo “doctor” porque una vez me confió que trabaja en el campo médico o farmacéutico, no recuerdo con precisión...

Ante aquellas palabras en mi mente se formó una idea, se encendió el clásico interruptor, y callé a Kris con brusquedad.

Dejé la habitación para volver un minuto después con una foto en mano.

La luz del atardecer no pasaba ya por la ventana y la habitación estaba casi completamente en la oscuridad, esa oscuridad que no podía presagiar nada bueno.

Volví a cerrar la puerta a mis espaldas y accioné el interruptor del lado derecho, aclarando la oficina con la luz artificial de neón.

Me senté y me dirigí de nuevo a la chica.

—Señorita Mirozov, ¿podría reconocer a la persona que me acaba de describir?

—Como le he dicho es un amigo mío, claro que podría reconocerlo.

Le mostré la foto, en la cual, el ya sospechoso número uno aparecía junto a otras tres personas; un hombre y dos mujeres, y agregué:

—¿El hombre del que habla está presente en esta foto? Reflexione, piense bien antes de responder.

Sin duda alguna la chica señaló al primer hombre a la derecha, aquel más joven, abrazado a una chica linda sobre la que ya había tenido la mala suerte de indagar.

La chica se llamaba Laura Falchi, y había muerto hacía dos años después de un intento de robo. Él era Marco Politto, su novio.

—¡Es él! Él es Marco, el “doctor”.

14

Envuelta en la bata me siento exhausta sobre el diván y acciono la contestadora automática que se encuentra en el apoyabrazos.

Biiiiip...

—Hola, Giulia, estoy en Roma... debemos festejar... mira el noticiario de la noche en el canal 7... un beso.

...Biiiiip.

Son las 20, justo a tiempo. Estiro la mano hacia el control remoto apoyado sobre la consola de cristal frente a mí y oprimo el número 7.

El Televisor se enciende con el rostro de Federico Menti.

... la noticia principal de esta noche tiene que ver con el desarrollo de las indagaciones sobre el homicidio del emprendedor Giacomo Bonomi que, como recordarán, fue asesinado en el famoso club nocturno milanés Dark Angel.

Fuentes bien informadas nos cuentan de una investigación paralela partida de aquel trágico evento que involucró a personalidades del Parlamento en una historia que huele a prostitución y recomendaciones obtenidas a cambio de favores sexuales que parecerían pagadas con dinero de los contribuyentes.

Si todo eso correspondiese a la verdad nos encontraríamos de frente al enésimo escándalo político perpetrado en detrimento de los ciudadanos italianos y bien cubierto por alguna autoridad que consentía, por asuntos personales, que se llevaran a cabo actividades ilícitas como prostitución y la explotación de la prostitución, al interior del Dark Angel... Pero para saber más, dejamos el servicio, en exclusiva para nuestra emisora, que nos contará de la investigación llevada a cabo por nuestro colega Carlo Scala y el desarrollo de las indagaciones de los investigadores...

Todavía con el control remoto en la mano, oprimo el botón rojo y apago el aparato.

El vacío de casa me envuelve en un ensordecedor silencio, mientras los pensamientos me hacen posar la mirada en el móvil que se encuentra apoyado también sobre la consola, junto al control remoto que acabo de volver a colocar.

No sé cuánto tiempo transcurre, segundos, minutos, inmersa en el

silencio observando al móvil. Finalmente, la paz es interrumpida: el teléfono suena. —Montorsi, soy el comisario Rossi. La espero dentro de una hora en mi oficina.

No tengo siquiera tiempo para contrabatar que Rossi ya ha terminado con la llamada.

Ahora debo jugar bien mis cartas.

15

—Maldición, Montorsi, ¿me puede explicar qué diablos está sucediendo?

Los puños del comisario Rossi golpean violentamente el escritorio haciendo caer el porta-plumas y esparcir todo su contenido en la mesa de caoba.

—¿Ha visto el servicio de Scala? ¿Cómo ha tenido esa información? No logra siquiera tener la boca cosida a sus hombres... estaré obligado a hacer una indagación interna...

—No es necesario, doctor. Me asumo toda la responsabilidad... porque la información a Scala se la proporcioné yo.

Rossi me mira estupefacto y con la boca abierta como si hubiera visto a un extraterrestre.

—Tal vez es mejor que le haga un reporte y le aclare los hechos inmediatamente.

—“Tal vez es mejor que le haga un reporte” ... digo, ¡pero está completamente loca! ¿Qué diablos le ha pasado por la cabeza...? Consignar un archivo de la procuraduría a un periodista. En lugar de promoción, ¡yo la voy a correr!

—Doctor, disculpe mi insistencia, pero debería darle a conocer los últimos avances, no quiero justificarme: lo hice y fue por una muy buena razón.

—No existe ninguna maldita razón válida que pueda empujar a un miembro de esta comisaría a violar el secreto de investigación: desde este momento usted se encuentra suspendida del servicio... primero, sin embargo, tengo curiosidad de saber cuál ha sido el factor que ha desencadenado esta locura suya.

Entonces tomo por sorpresa a Rossi—. Sé quién es el asesino.

—¿Qué diablos has dicho?

Repito: —Sé quién es el asesino.

Rossi bufa y se deja caer en el sillón en un gesto de resignación, luego agrega: — Acomódese y cuénteme todo, sin omisión alguna.

Me siento de frente al escritorio y comienzo mi relato.

—Primero que nada, me disculpo por mis métodos poco ortodoxos, pero tanto usted como el procurador me dieron carta blanca y yo he

actuado exclusivamente en el interés del caso.

—No abuse de mi paciencia, Montorsi. Estábamos claros, tenía libertad de acción, pero debía dar un reporte de cada mínimo detalle que hubiera encontrado interesante... y luego, violar el secreto de investigación no me parece que entre en los métodos que enseñan en la academia... ciertos episodios no deben verificarse al interior de mi comisaría.

Con un sentido de impotencia y resignación Rossi da un poco más de rienda suelta a su diatriba antes de, finalmente, calmarse, y escuchar mis razones.

—De acuerdo, doctor. Como ve, le he dado mi reporte junto a este archivo que tiene que ver con la chica muerta en el parque, que hasta hoy había quedado sin identidad. En mi reporte encontrará todo aquello que le diré en síntesis.

—Lo leeré con calma después. Ahora prosiga.

—Hasta hace dos días teníamos dos homicidios aparentemente ligados entre sí, cuyo único aspecto en común parecía ser el *modus operandi* del asesino. Hace unas semanas, como usted recordará bien, había pedido que me fuera asignado también el caso Bonomi porque, a pesar del ambiente donde se maduró este segundo delito, siempre estuve convencida de que los dos casos estuviesen ligados. Ahora puedo decirle que tenía razón. Bonomi es, o mejor dicho, era, el administrador delegado de la Taurus Farmacéutica. Llevando a cabo algunas indagaciones financieras sobre Taurus ha emergido que, esta última, ya desde hace algún tiempo, está descaradamente interesada en la adquisición de otra casa farmacéutica, La Sarca, que hasta ahora ha resistido las ofertas informales de la Taurus ya sea por la fuerza de sus acciones o porque lanzará dentro de poco, después de cinco años de estudios clínicos, un nuevo fármaco salva vidas. Todo aquello que le he dicho hasta ahora resulta completamente sin sentido para nuestras investigaciones hasta que no tuve posesión del archivo de Mara Marchetti.

—Desconozco este nombre, no ha aparecido en nuestras investigaciones.

—Hasta hace dos días. Mara Marchetti es nuestra primera víctima y el

archivo que le acabo de dar es sobre ella, con una pequeña nota: Mara Marchetti nunca ha existido.

—La historia se complica, ¿hiciste indagaciones? ¿Preguntaste a la Europol? Y, de cualquier manera, ¿qué tiene que ver esta Mara Marchetti con el caso Bonomi?

—No fueron necesarias las indagaciones, solo he verificado algunos datos para confirmar que el contenido del archivo correspondiese con la verdad; cuando lo lea, se dará cuenta de que la información en ese fascículo es muy acertada... digna de quien la ha preparado.

Rossi toma la carpeta que he colocado en el escritorio, le retira la cubierta y da una rápida hojeada a su contenido, luego me mira y agrega: —Imagino que, en este punto, entre en escena Carlo Scala, ¿o me equivoco?

—Es perspicaz, doctor, sin embargo, se equivoca. Carlo Scala, para mi desgracia, entró en juego mucho antes de lo que usted cree. La noche del delito de la chica en el parque, entiéndase la Marchetti, Scala ya estaba en el lugar haciendo fotografías y preparando el artículo para su diario. Del interrogatorio del mismo Scala y del testimonio que nos avisó del homicidio, resultaba sin asomo de duda, que Scala no fue avisado sobre este último, sino que, de alguna manera sabía del delito mucho antes de que se nos diera a conocer a nosotros.

—Y ¿cómo es posible?

—Conozco bien a Scala y sé que es un buen periodista, no me habría nunca revelado sus fuentes. Por otro lado, puedo afirmar que, en este caso, tuvo mucha suerte.

—Por favor explíquese.

—Concordará conmigo que la “versión oficial” de esta historia ve a mi equipo como el autor de aquel archivo, pero fue realizado por Carlo Scala; él tenía una información fundamental que a nosotros nos faltaba, conocía la identidad de la víctima. Nuestra dificultad sobre la identidad de la Marchetti se debía al hecho de que no se le había encontrado ninguna identificación, nada de nada. Habíamos hecho la hipótesis de que el asesino se las había sustraído porque podría estar, de alguna manera, ligado a ella y, en efecto, así era.

—Conozco bien este detalle, pero todavía no me ha explicado cómo

ha venido a cuento Scala, mucho menos por qué el archivo está ahora sobre mi mesa, a pesar de que me estoy haciendo una idea precisa sobre esto último.

—Llegaré pronto al punto. Como le decía, teníamos razón, sin embargo, el asesino no se deshizo de los documentos, sino que se los dio de manera anónima a Carlo Scala... y el motivo de esta salida suya lo puedo explicar solo formulando dos hipótesis: la primera es que el asesino conoce muy bien a Scala y su método de trabajo, la segunda es que nuestro hombre ha querido solo ganar tiempo para cumplir el segundo homicidio. Creo que, en realidad, el asesino quiere ser detenido, o por lo menos, quiere que esta historia tenga una visibilidad amplia; afirmo esto porque, si se hubiera confiado a cualquier periodista, el caso habría estado ya en primera página desde hace tiempo, mientras que con Scala es

diferente, él controla las fuentes y hace investigación por su cuenta, es meticuloso en su trabajo y podía serle útil.

—Hágame saber, Montorsi. Usted ha realizado indagaciones sin permiso, ha usado medios y hombres del equipo móvil sin solicitud previa y, sobre todo, sin informarme, y prácticamente, ha vendido los documentos de una investigación reservada y muy delicada a un periodista a cambio de la identidad de una víctima, ¿Estoy en lo correcto?

—Sí, señor. Cuando he comprendido que Scala tenía algún elemento que nos serviría en las indagaciones, pensé que era oportuno darle algo más con qué trabajar, la primicia que buscaba, a cambio de la información que me servía. Esto lo tendrá alejado de mi indagación por mucho tiempo, permitiéndonos cerrar el caso... ¿Tal vez me he equivocado en dejar a un homicida en libertad como prioridad respecto a algún estafador entrometido escondido en nuestro Parlamento?

Mi pregunta queda suspendida, sin respuesta.

—Comienzo a encontrarme de acuerdo con el magistrado: usted es ambiciosa y usa métodos poco concordantes con el uniforme que porta, y de esto deberá responder ya sea a mí o a la Fiscalía... actúa en modo desconsiderado, sin preocuparse de las consecuencias, con el solo objetivo de lograr lo que se proponga... Se excede en celo y este modo de actuar, tarde o temprano, le irá en contra. Es inteligente, sagaz, intuitiva y

trabaja duro, esto se lo debo reconocer, sobresale en la sustancia, pero yerra completamente en la forma y eso es inaceptable, al menos mientras se encuentre bajo mi mando.

Sé que esta reprimenda no caerá en saco roto, Rossi a menudo es muy melindroso en ciertos aspectos, pero en este momento, no me preocupa. Concluida la amonestación, Rossi se vuelve a concentrar en el caso.

—Todavía no me ha dicho el rol de esta Mara Marchetti en el delito de Bonomi...

—Estaba por llegar ahí. Según el expediente la señorita Mara Vertova, veintiocho años, de origen polaco, alias Mara Marchetti, tiene dos órdenes de arresto pendientes por parte de la policía alemana y moldava. El supuesto crimen es espionaje industrial. En su identidad de Mara Marchetti, se asumía que se encontraba en Sarca laborando como secretaria del responsable de calidad. Sumando estos dos elementos...

—Entonces encontramos la relación entre los dos homicidios. Me parece suficiente para llevar a cabo una investigación. Hablaré con el magistrado, pero antes dígame quién es el culpable.

—No puedo hacerlo, señor.

Por segunda ocasión durante nuestra conversación el comisario Rossi se altera, bate los puños sobre el escritorio y me repite su habitual: — Maldición, Montorsi, no abuse de mi paciencia, usted tiene la capacidad innata de hacerme enojar...

Rebato: — No puedo hacerlo señor, y existen motivos válidos.

—... Todavía tiene crédito, Montorsi, pero no tire todo por la borda. Termine su reporte.

—Tengo las pruebas que colocan al sospechoso en el lugar del homicidio Bonomi, pero no tenemos ni el arma del delito ni algo en concreto en cuanto al primer homicidio. La relación entre los dos delitos es fruto solo de pruebas circunstanciales hasta que no encontremos un motivo, y aquel financiero no es suficiente para explicar tres homicidios.

—¿Tres homicidios?

—Sí, comisario. A la luz de los hechos, tengo la sospecha de que el incidente en la villa Renzi en la que se ha encontrado asesinada a la señora Giovanna Renzi, vicepresidente del Sarca, pueda, en realidad

esconder un tercer homicidio por parte de nuestro hombre.

—Imagino que, también en este caso, habrá actuado por propia iniciativa.

—No, señor. El caso es de competencia del comisariato de Bergamo, fuera de mi área de jurisdicción... debido a lo cual, necesito de su ayuda y luego...

Dejo la frase en suspenso, esperando que Rossi me inste.

—¿Luego qué?

Me vuelvo rígida, porque lo que diré podría sacarme del caso. La pausa parece durar una eternidad, tanto que Rossi me solicita nuevamente: —Diablos, Montorsi, ¿Qué sucede ahora?

Con voz sumisa le expongo al comisario las últimas explicaciones—. La testigo que coloca al sospechoso en el Dark Angel la noche del homicidio lo ha reconocido sin duda, sin embargo, su posición y el trabajo que lleva a cabo al interior del local la hacen poco fiable. Además, el hecho de encontrarse en el Dark Angel, como tal, no constituye prueba del crimen. El punto es que la testigo ha reconocido al sospechoso como resultado de un movimiento mío... no voy a andar con rodeos... vea... yo y solo yo pude descubrir al asesino en las imágenes de circuito cerrado del Dark Angel y no por presunción, sino porque conozco su identidad.

En la oficina del comisario Rossi cayó un silencio helado.

Con cada segundo transcurrido, se abrió dentro de mí un sentimiento de resignación que me quitó todas las certezas. Y decir que era cercana, desgraciadamente cercana...

De pronto la voz de Rossi interrumpe el silencio.

Ahora no está hablando conmigo. Ha dirigido su sillón hacia la pared y observa un punto indefinido mientras expresa pensamientos en voz alta.

—La suspensión es la solución más obvia, no solo por su comportamiento, sino porque está directamente involucrada en el caso que está siguiendo... el caso pasaría a otro... las investigaciones se llevarán a cabo de una manera, por así decirlo, tradicional... pero... sin ir mucho a la palabra... perdería un elemento valioso, de un servicio impecable...

Rossi se gira nuevamente hacia mí y, esta vez, él me toma por sorpresa.

—¿Qué es lo que quiere, Montorsi?

Me quedo por un momento estupefacta, pero logro responder inmediatamente—. Quisiera concluir las indagaciones...

Rossi me interrumpe repentinamente—. No me tome por un estúpido, usted ya ha concluido sus indagaciones. Aunque no lo ha dicho abiertamente, es claro que nuestro mayor sospechoso es Marco Politto, alto dirigente de la Sarca con quien usted ha tenido relaciones hace dos años en las investigaciones de la muerte de Laura Falchi. Si ha olvidado, le recuerdo que también entonces estaba bajo mis órdenes; en esa época era yo quien conducía las investigaciones y, para su desgracia, recuerdo de memoria los detalles de todos los casos de que me he ocupado en mi carrera. —Prosiguió—. Politto está ligado a ambos homicidios y, si fuera confirmado, también lo estaría en el tercer homicidio... tenemos todos los elementos para incriminarlo, pero usted está dudando... no conozco las razones ni me interesan... le vuelvo a preguntar: ¿Qué es lo que quiere?

—Me interesan las razones, comisario, el móvil. Como usted bien recuerda, el caso Falchi se enturbió y usted lo cerró cuando teníamos prácticamente identificado al culpable.

—Recuerda bien, Montorsi... el posible crimen era homicidio culposo como consecuencia de robo, y el mayor sospechoso era aquel muchacho, aquel adicto...

—Angelo Colantuoni, hijo de Francesca Colantuoni, empleada destacada de Sarca Farmacéutica, además de amiga íntima de Laura Falchi, también empleada de Sarca Farmacéutica.

—Tal vez usted olvida que llegamos demasiado tarde para descubrir al culpable... en su estado era inútil citarlo para un juicio.

—Sí señor, no me permitiría nunca criticar su forma de operar en aquel entonces. El muchacho tuvo un grave accidente en la motocicleta que lo dejó prácticamente hecho un vegetal: inútil y dispendioso proceden contra él, pero no es esto lo que me interesa.

—Comprendo, usted cree...

—Exacto, señor. En aquella época pensamos que el muchacho había robado a Laura Falchi porque la conocía, sabía cuál era el nivel de vida de la mujer y sería un golpe seguro asaltarla, pero a la luz de los hechos actuales creo que nuestras suposiciones fueron erradas: hoy creo

firmente que aquel atraco tenía otro objetivo y que el hecho de que los dos se conocieran esconde otra cosa...

Quiero saber por qué maldito motivo Larua Falchi murió.

—Montorsi, se lo pregunto por última vez: ¿Qué es lo que quiere?

—Tiempo, señor. Antes de meter a Politto en la cárcel quisiera hacerle justicia y descubrir los reales motivos que lo han obligado a transformarse en un feroz asesino... quisiera cerrar definitivamente el caso Falchi.

El comisario se queda reflexionando por un largo tiempo en mis palabras antes de decidirse a romper el silencio irreal que ha envuelto su oficina y responder a mi solicitud.

—Le digo lo que haré. Pediré al comisario de Bergamo una valoración exacta de los restos de Giovanna Renzi para verificar si hay elementos que puedan indicar un homicidio. Dentro de setenta y dos horas consignaré el expediente Marchetti y su reporte al magistrado que muy probablemente comenzará una investigación financiera sobre la Taurus Farmacéutica y, al mismo tiempo, tomará providencias en cuanto a su comportamiento, a menos que usted no cierre el caso... ¿Hablé claro, Montorsi?

—Señor...

—Tiene setenta y dos horas para resolver sus dudas, actúe como mejor crea. Eso no quiere decir que avalo las acciones que ha llevado a cabo hasta ahora, ni mucho menos. Usted ha rebasado mi autoridad y se ha manchado de un crimen; de cualquier modo se concluya esta historia, en manera oficial u oficiosa expiará sus culpas. Su carrera está completamente en sus manos. Ahora, puede irse.

Me giro hacia la puerta de la oficina, pongo la mano sobre el picaporte y, en el momento en que estoy saliendo, el comisario agrega:

—Una última cosa, Montorsi... ¿no cree que Politto conoce ya la respuesta que usted busca?

16

La cola no parece avanzar.

Ahora el cielo es terso y la luz del día está dejando poco a poco lugar al crepúsculo.

El instinto de encender otro cigarrillo fue superpuesto por la visita de

una oquedad, una ocasión para desvincularme de este maldito tráfico.

A la izquierda, a pocos metros de mi posición, la hilera de árboles que separa los dos carriles es interrumpida y permite una inversión de marcha, aunque poco ortodoxa.

Es la oportunidad que esperaba.

Pongo la direccional para salirme del carril más a la derecha, en dirección de la brecha y, con hábil maniobra, logro pasar delante del auto detenido en el carril izquierdo, que estaba arrancando y que queda a pocos metros del mío. El conductor maldice algo hacia mi dirección, pero no recojo la provocación y lo mando a aquel país con un gesto de la mano, logrando salir del embotellamiento.

Miro a la derecha para verificar que nadie me alcance de la dirección opuesta, luego, con un chirrido, me inserto en el carril libre.

Después de horas de fila, logro meter la segunda y pongo velocidad. El pie, pesado como un ladrillo, oprime el acelerador. Embrague, acelerador, meto la tercera, luego la cuarta.

Conduzco como un loco, finalmente libre del tráfico.

El lento rumor del motor que me acompañaba hace pocos minutos es un grito rimbombante que sale del cofre y entra por la ventanilla bajada.

Pongo la direccional a la izquierda, llego a una vía lateral.

Luego de un centenar de metros, hay vuelta continua a la derecha.

Un semáforo. Es verde. No disminuyo la velocidad ni por que llega un cruce, pero coloco el pie sobre el pedal.

Vuelta a la izquierda, luego a la derecha.

Inconscientemente llego al bar, aquel donde conocí a Laura.

Justo delante del local, hay un lugar libre. Hago la maniobra, estaciono el auto, apago el motor y me desplomo exhausto en el asiento.

Espero un tiempo interminable e indeterminado antes de descender del automóvil para entrar en el local.

Paso por la entrada, la puerta de vidrio colocada en una vidriera muy grande, que deja filtrar la luz débil del crepúsculo, suficiente, sin embargo, para iluminar la sala sin la ayuda de las luces artificiales.

Me dirijo hacia la barra de imitación de brezo, con forma de ele y me siento sobre un banco.

El barista me reconoce y me sirve pronto mi bebida habitual.

Mientras observo la mezcla oscura de líquido pasar por los cubitos de hielo transparente al interior del vaso, mi mente comienza a vagar entre los recuerdos nebulosos.

El local está semi-desierto.

Un par de chicos intentan jugar el video-póker colocado a la izquierda de la vidriera. Detrás de mí, solo una de tantas mesitas está ocupada por un pensionado que sorbe tranquilo un café.

El silencio se rompe en momentos por el sonido que sale de los video juegos, hasta que otra tonada captura mi atención y me hace voltear hacia la entrada.

Es la campanilla colocada sobre la puerta, que advierte al barista que alguien está entrando en el local.

Me giro y la veo.

Una figura femenina silueteada en la luz de la puesta del sol hace su entrada en el bar.

—Buenas noches, señorita.

—Buenas noches también a usted —responde cordialmente la mujer devolviendo el saludo al barista.

No logro distinguir su rostro ni percibir claramente los contornos de su figura, que permanecen en la sombra del crepúsculo, pero mientras la observo, me doy cuenta que está dirigiéndose hacia mí.

Es Laura.

Entre todos los lugares libres del local, la mujer decide sentarse en el banco a mi lado.

Es Laura.

Ordena un jugo de fruta, luego se dirige hacia mí.

Es Laura.

—Buenas noches, doctor Politto.

Ahora logro distinguirla claramente. No es Laura.

—Buenas noches, inspector.

—Quería hablar con usted, en la oficina me han dicho que ya había salido... imaginaba que pudiese estar aquí y he venido a dar una vuelta.

—En realidad, apenas he llegado... imaginaba que me buscaría.

Sobre el rostro severo de Giulia Montorsi, en absoluto maravillada por

mis palabras, nace una cálida sonrisa.

Sorbe un poco de su jugo de fruta, mientras mi whisky todavía está completo en el vaso.

—Usted sabe por qué estoy aquí, ¿verdad?

—Ha llegado a la verdad. ¿Me quiere arrestar?

—No puedo hacer otra cosa. Sería mejor que me acompañe a la central y me cuente todo desde el comienzo.

—Sígame.

Me levanto del banco, dejando sobre la barra el adeudo de mi consumo y el correspondiente a la propina, luego hago una señal con la cabeza al inspector que me sigue sin pestañear.

Salimos del local y nos dirigimos hacia mi auto.

Un agente con uniforme descansa en la acera al lado de una patrulla con la torreta encendida, estacionada un par de autos detrás del mío.

El agente comienza a caminar hacia nosotros. Me doy vuelta y, al mismo tiempo, Giulia Montorsi agita la mano e invita al policía a volver sobre sus pasos.

Llego al auto, extraigo las llaves y desactivo el sistema de alarma. Abro la portezuela del conductor y me siento en ese lugar. Con una mano abro la guantera.

—Por dios, Marco, ¿Qué quiere hacer? —Exclama la mujer de pie a mi lado fuera del auto.

Extraigo de la guantera una carpeta roja, luego me volteo a buscar la mirada del inspector que, a la vista del documento, se queda sorprendida, pero relaja los músculos.

—Aquí están muchas de las respuestas que busca.

Le entrego el dossier a la mujer, luego agrego: — Pero no la acompañaré a la comisaría, todavía hay una persona que debe pagar.

La empujo con ambas manos lejos de mi auto, tan fuerte que la hago caer, luego rápidamente, pongo la marcha, cierro la puerta y vuelvo a oprimir el acelerador.

Con un chirrido salgo del estacionamiento y me alejo como un relámpago del local, observando en el espejo retrovisor, siempre más lejano, el inspector se levanta y, llega a la patrulla, extrae el micrófono de la radio a bordo.

17

La luz del atardecer está calando en las sombras sobre los edificios de la metrópoli, mientras me apresuro a entrar al bar que hace años fungía como refugio del hombre a quien estoy cazando; aquel lugar donde esconderse que todo tenemos y donde cada uno se relaja y reflexiona sobre grandes temas de la vida, buscando respuestas a las preguntas calladas y, en ocasiones, encontrando aquella serenidad interior que el ritmo frenético de una ciudad como Milán no concede.

Abro la puerta de vidrios del local y una campanilla anuncia mi ingreso a los pocos clientes y al barista, intentando secar los vasos detrás de la barra de imitación de brezo, que levanta la mirada y muestra una sonrisa mientras me extiende sus saludos.

Mi hombre está ahí, a pocos metros de mí, sentado sobre un banco con un vaso entre las manos.

Porta una combinación que lo hace elegante y deportivo al mismo tiempo, y que le confiere la misma fascinación que tenía hace algunos años, cuando lo conocí en circunstancias tristes.

Gira hacia mi dirección, pero parece no reconocermé, más bien, su rostro palidece como si hubiera visto un fantasma.

Me acerco a la barra y tomo asiento sobre el banco al lado de él.

En aquel punto me reconoce, su rostro se relaja, pero en sus ojos vuelve aquel velo de tristeza y resignación que tenía, y su mirada vuelve a traer mis recuerdos a la primera vez que nos encontramos.

Estábamos en la central y asistía a los interrogatorios conducidos por el comisario Rossi y concerniente la rapiña hacia una mujer, Laura Falchi, a quien se le robó una bolsa y fue abandonada para morir en la acera por su verdugo. Su compañero, Marco Politto, se sentaba delante del banco del comisario y respondía a las preguntas de rito. También entonces usaba una combinación de dos piezas de traje y emanaba la misma aura triste pero llena de fascinación, que por largos instantes me encantó. El cuello de la camisa marfil perfectamente planchado y almidonado salía de una chaqueta de algodón gris de corte moderno, abotonado con un solo botón en el vientre. Los pantalones oscuros de algodón estaban sostenidos por un cinturón de piel de fina manufactura, con una hebilla

de latón pulido. Los calcetines, a juego con la chaqueta asomaban apenas de los pantalones y terminaban dentro de un par de mocasines de marca. No portaba ni corbata ni mancuernillas, pero uno de los dos puños de marfil que sobresalían de las mangas de la chaqueta no lograba esconder un reloj de acero un tanto naif, con lirios grabados en la correa rodeados de ramas de vid en los bordes, y sobre el cual se veía un águila bifronte.

Observo con atención al sospechoso: hoy no porta aquel reloj, pero el resto es como si el tiempo se hubiera detenido.

Ordeno un jugo de fruta al barista, luego Marco Politto y yo intercambiamos un saludo.

—Buenas noches doctor Politto.

—Buenas noches, inspector.

—Quería hablar con usted, en la oficina me han dicho que ya había salido...

imaginaba que pudiese estar aquí y he venido a dar una vuelta.

—En realidad, apenas he llegado... imaginaba que me buscaría.

Sorbo un poco mi jugo de fruta mientras Politto continúa jugueteando con su vaso, haciéndolo girar entre sus manos y sin intención de consumir el contenido.

—Usted sabe por qué estoy aquí, ¿verdad?

—Ha llegado a la verdad. ¿Me quiere arrestar?

—No puedo hacer otra cosa. Sería mejor que me acompañe a la central y me cuente todo desde el comienzo.

Politto de pronto se levanta, dejándome desconcertada por un muy breve instante, luego se dirige a mí haciéndome una señal con la cabeza y me pide que lo siga.

Como una serpiente de cascabel hipnotizada por su encantador me dirijo, detrás de él, hasta la salida del local.

Como perfecto caballero me abre la puerta de vidrios: intercambiamos posición y en un instante estamos fuera del bar.

Con el rabillo del ojo veo al agente de la patrulla, que me ha acompañado hasta aquí, avanzar algunos pasos en nuestra dirección y con la mano le hago comprender que no avance más, que la situación está bajo mi control, aunque la verdad es muy diferente.

Avanzando lenta pero inexorablemente llegamos al automóvil de

Politto; ahora él va delante de mí.

Mete una mano en el bolsillo y, en aquel momento, mis sentidos comienzan a gritar como la sirena de una patrulla, pero es una falsa alarma: cierre centralizado se desactiva con un sonido sordo mientras los indicadores de dirección se iluminan dos veces.

Politto abre la portezuela y se acomoda en el lugar del conductor, dejando las piernas fuera del habitáculo luego con el tronco se estira hacia la guantera de la parte opuesta y la abre.

Mis sentidos gritan nuevamente, más fuerte que la vez anterior; un ruido ensordecedor que esta vez me sacudo el entumecimiento.

—Por Dios, Marco, ¿Qué quiere hacer?

Tengo ya una mano sobre la pistolera escondida del blazer, pero nuevamente mis sentidos se aplacan cuando veo una carpeta roja que asoma del portaobjetos tomada por la mano derecha de Politto.

Pocos instantes después la carpeta roja está en mis manos y el verla me hace volver a caer en el estado de catalepsia precedente. Es idéntica a aquella que Carlo me dio hace algunos días y cuyo contenido parece responsabilizar a Politto.

Mi mirada ya está fija en la carpeta roja y la razón me aconseja examinarla con calma en la central, donde tengo intención de acompañar a mi hombre para someterlo a un estricto interrogatorio; el instinto en cambio me obliga a abrirla inmediatamente, haciéndome perder el raciocinio que, en condiciones normales, me haría arrestar y maniatar al sospechoso inmediatamente.

Inmersa en mis pensamientos lo escucho solo farfullar algo como: “Todavía hay alguien que debe pagar”. Luego, sin siquiera darme cuenta, me vuelvo a encontrar con el trasero en la tierra observando estupefacta el automóvil de Politto que rechina en el asfalto.

Conmocionada por lo sucedido, reúno todas las fuerzas que tengo en el cuerpo y me dirijo a toda carrera a la patrulla. Me asomo al interior de la ventanilla del conductor y aferro con fuerza el micrófono de la radio a bordo, dando orden a todas las patrullas en la zona para predisponer un puesto de bloqueo a la altura de la entrada de la circunvalación Este de Cologno Monzese., hacia donde se dirige el auto del fugitivo.

El agente al volante acciona el motor.

Apenas tengo tiempo de subir, con la portezuela todavía abierta, el auto parte en persecución a toda velocidad.

Con la emoción, tiro la carpeta roja en los asientos posteriores; mientras, vía radio, verifico que el bloqueo se esté formando, pido apoyo para la persecución.

Con mucho esfuerzo me aferro a la portezuela mientras el auto va a toda velocidad por las calles de Sesto San Giovanni. Una vuelta a la derecha, una a la izquierda: la fuerza centrífuga me eleva del asiento siguiendo los movimientos de la patrulla, con las luces azules que ululan como mis sentidos.

El auto del fugitivo, al inicio lejano, se acerca cada vez más y ya, después de haber atravesado Cascina Gatti, estamos casi sobre la avenida que lleva a la entrada de la autopista.

Mientras recorriamos la última rotonda veo a nuestra izquierda otra patrulla que procede a toda velocidad y con sirena desplegada; se nos une en la persecución.

Politto está distante ya solo a una treintena de metros y se dirige sin alguna duda hacia el lugar del bloqueo que se ha formado poco antes del entronque.

Veo a lo lejos las luces de tres o cuatro patrullas dispuestas transversalmente en el carril que bloquean el tráfico, en efecto, ausente a esta hora, y que no permitirán a mi hombre huir.

El auto del fugitivo no parece bajar la velocidad, dándome la firme impresión de que el hombre al volante quiera atravesar el bloqueo y pasar sin preocuparse por las consecuencias.

Luego, de pronto, cuando faltan pocos metros para el impacto, una fisura en el terreno levanta el vehículo, que gira pavorosamente hacia la izquierda.

Ya estamos encima de él.

El agente a mi lado, en un desesperado intento por detenerse, oprime con toda su fuerza el pedal del freno. Escucho chirriar las ruedas del auto en el asfalto mientras mi cuerpo, libre del cinturón de seguridad, es arrojado hacia delante por una fuerza invisible. Solo el instinto de supervivencia me permite levantar las manos para proteger mi rostro, que con ellas van a golpear violentamente contra el tablero.

Al mismo tiempo logro ver el auto de Politto que prosigue su carrera sin control hacia el carril opuesto y se estrella en un poste de luz, produciendo un sonido ensordecedor.

18

La fila ahora se mueve lentamente.

Paso la rotonda que lleva a Cascina Gatti y me dirijo, siguiendo el flujo lento e inexorable del tráfico, hacia la entrada de la circunvalación Este.

La calle, antes separada por dos carriles y rodeado de largas hileras de castaños y hayas, ahora se ensancha dando paso solo al asfalto y al cemento.

El crepúsculo ya está en su punto.

Veo a lo lejos las luces azules del auto de la policía y de las ambulancias que, finalmente, dan sentido a la interminable congestión en que había estado detenido hasta ahora.

El tráfico se vuelve a detener.

Apago el automóvil y decido descender, para llegar a pie hasta la altura de las luces.

Después de algunos pasos tengo delante de mí una escena de un incidente impresionante. Un auto, similar al mío, se ha salido y se ha estrellado contra un poste de luz que, por el impacto, se ha doblado hacia el carril opuesto. En la tierra, a pocos metros, el rastro negro de los neumáticos, tal vez la prueba del último desesperado intento del conductor de retomar el control de su vehículo.

Me acerco al auto apergaminado y del parabrisas destrozado distingo una figura masculina.

Los agentes de policía y los paramédicos en el lugar parecen no darse cuenta de mi presencia y me dejan actuar sin problemas.

Me acerco todavía y logro ver su rostro. Basta una sola mirada para que todos los recuerdos emerjan de lo profundo de mi alma y lleguen a mi mente.

El cuerpo, abandonado exánime en el asiento del conductor, está vestido todo de traje combinado con una chaqueta de algodón gris y un par de pantalones oscuros. La chaqueta está cerrado por un solo botón sobre una camisa de marfil ya mojada y manchada de rojo. Los

pantalones están sujetos por un cinturón de piel y están desgarrados a la altura de las rodillas, en correspondencia con las heridas de las que sale un copioso fluido denso y rojizo.

El volante, salido de su lugar natural, oprime sobre el pecho al hombre y obliga al cuerpo a tener esa posición. Todo está cubierto de los restos del parabrisas.

La cabeza está hacia atrás, apoyado parcialmente sobre el reposacabezas del asiento. De la frente, un goteo de sangre desciende sobre los pómulos y se detiene en la mejilla derecha. Los ojos están abiertos, pero ya no hay luz que les ilumine.

La boca está cerrada y llena del mismo líquido rojo presente en las piernas.

Un amplio fragmento del parabrisas está clavado en el cuello y su original transparencia está opacada por corrientes que surgen de la herida lacerante que ha provocado.

Ironía de la suerte, el conductor ha pagado sus culpas de la misma manera con que se ha ensañado con sus víctimas.

Aquel hombre soy yo y, mientras tristemente me doy cuenta que no terminé mi venganza, me doy cuenta que fue solo un sueño y que mi cuerpo lentamente desvanece como el crepúsculo que está dando lugar a la oscuridad de la noche.

19

Aún si la insolencia y las sospechas del inspector Montorsi no me dejan completamente tranquilo, el optimismo y el grupo de abogados a disposición mía y de la Sarca Farmacéutica, me han persuadido y tranquilizado que la conclusión satisfactoria de esta vicisitud está muy cercana.

El Cortonic será comercializado con algunos meses de retardo, pero es un precio modesto a pagar frente a mi consagración en los libros de historia al lado de hombres y mujeres del calibre de Marie Curie, Louis Pasteur y Alexander Fleming.

El rastro de muerte que me ha acompañado en estos largos años de engaños y subterfugios se ha interrumpido a un paso de mí y, por mi parte, creo haber estado suficientemente astuto y atento a esconder o destruir todas las pistas que puedan conducir en mi dirección.

He planeado todo minuciosamente; con muchos años, para que mis adversarios no me vencieran y, en varias ocasiones, estuve a punto de caer debido a los eventos imprevistos e imprevisibles que han minado los fundamentos mismos de mi proyecto, que he debido repensar y adaptar al nuevo contexto que se prospectaba en el horizonte.

Sin embargo, ahora que estoy en mi oficina acomodando las últimas cosas antes de lo inevitable, estoy consciente de que la grandeza de lo que he concebido se acompañará indisolublemente del remordimiento que me consumirá por el poco tiempo que me queda por vivir.

Me despido de la secretaria que, sentada en el escritorio de la antecámara, interrumpe sus labores para responder, después de ello, se vuelve a su trabajo. Llamo al ascensor y, en la espera, las últimas palabras del inspector Montorsi hacen eco en mi mente.

—... discúlpeme la franqueza, doctor Renzi, pero es difícil creer en su completa extrañeza sobre los eventos... en dos años usted ha perdido una fiel colaboradora, su mujer y ahora a su hermanastro... parece que cualquiera que tenga que ver con usted muere en circunstancias más o menos misteriosas... aclararé ciertas cuestiones, la historia no termina aquí.

Es solo un momento. Las puertas del ascensor se vuelven a cerrar a mis espaldas. Sonrío, porque, a diferencia de lo que cree esa mujer, tal

vez en verdad ha terminado.

20

El sol brilla en el cielo terso y azul. El mar de frente a mí es una mesa plácida y resplandece de aquel color que bien se adapta al nombre de una joya.

Aunque destellante, la luz reflejada en el agua me permite admirar a la espléndida chica metida en un bikini bermejo que, salida del mar después de una relajante nadada, se acerca hacia nuestros camastros con paso seguro, dejando huellas ligeras en la blanca arena de coral.

Bebo un sorbo del vaso que tengo en la mano y el gusto lleno y mórbido del whisky envuelve mis pensamientos sobre los eventos transcurridos.

La chica llega a su camastro, toma una toalla y comienza a secarse los cabellos.

Ahora que está cerca logro admirar sus formas sinuosas, sus lineamientos dulces e irreverentes del rostro, la llama brillante que arde en sus ojos.

—El mar está estupendo, te aconsejo una buena nadada. —Continúo admirándola mientras mis pensamientos yacen todavía en el pasado reciente—. ¡Oye! ¿Me estás escuchando? ¿Hay algo que no va bien? Sus palabras y su figura perfecta recortada sobre un espléndido panorama circundante me sacuden del sopor.

—Disculpa, estaba distraído... ¿me decías?

—Todavía estás pensando en tu hermano, ¿verdad?

—Sí, no logro hacer otra cosa.

—Lo siento. Tampoco yo logro dejar de sentirme culpable por aquello que ha sucedido; fui tu cómplice y, en el recuento final, soy yo quien lo entregué a la policía.

—No es tu culpa. Mi hermano ha muerto en el mismo momento en que murió Laura. Lo que ha sucedido después fue solo la consecuencia de la tragedia. Sin embargo...

Como el agua que brota de una fuente, mis palabras comienzan, por enésima vez a conmemorar los acontecimientos, mientras mi interlocutora se queda silenciosa escuchándome, atenta como si fuera la primera vez que cuento y condescendiente porque no lo es. El tiempo

parece detenerse, enmarcando el paisaje de la imagen de dos amantes perturbada solamente por el rumor de mis palabras y por el ligero vaivén de las olas; hasta que la consideración más obvia sale de mi boca, interrumpiendo aquello que, a los ojos de un observador podía parecer un idilio y que, en cambio, es el estallido de una persona llena de amargura: — Lo siento.

—No te angusties. Piensa solo que ha obtenido lo que quería... debía amarla en verdad tanto.

Nuestros ojos se pierden unos en los otros y en aquel instante encuentro la serenidad perdida.

—Cristina, bésame.

La chica se inclina sobre mí y apoya con dulzura sus labios sobre los míos, luego se levanta, me lanza una mirada cortante y pone en su rostro una mueca estricta de profesora:

—Te he dicho miles de veces que me llames Kris... ¡Doctor!

21

Extracto del reporte del inspector Montorsi Giulia

<omissis>

... elementos que demuestran, más allá de toda duda, la directa participación del señor Politto Marco en Renzi a quien se acusa del crimen de homicidio predeterminado de la ciudadana polaca Vertova Mara alias Marchetti Mara, que cubría el rol de secretaria personal...

<omissis>

...elementos que demuestran, más allá de toda duda, la participación directa del señor Politto Marco en Renzi a quien se acusa del crimen de homicidio voluntario de la señora Bruschini Giovanna en Renzi y por lo que se le acusa también del intento de ocultamiento del cadáver de la misma, resultando en el incendio de la villa...

...de propiedad exclusiva del señor Renzi Marcello y por el cual se acusa también del crimen de daño a la propiedad.

<omissis>

...la completa confesión del mencionado Politto, escrita de propio puño y validada por el experto en caligrafía, en relación con los delitos arriba imputados...

<omissis>

... Por lo que concierne al homicidio voluntario o predeterminado del señor Bonomi Giacomo, no existen pruebas directas sino solo indicios como el testimonio verbal anexo de la señorita Mirozov Cristina, de ciudadanía rusa, avalado por quien suscribe, en calidad de persona informada de los hechos...

<omissis>

...ulteriores pesquisas de la habitación, de la oficina y las inspecciones de los lugares y localidades frecuentadas habitualmente por Politto no dan pruebas objetivas... A pesar de que el asesinato de Bonomi podría pertenecer simultáneamente a la gama de delitos Vertova y Bruschini no puede comprobarse el móvil, además a cause de la ausencia de una confesión en ese sentido y la falta de hallazgo del arma del delito podría pensarse en un ejecutor material diverso a Politto, un posible cómplice, con la probable participación de una o más personas colocadas al interior del

local...conocido con el nombre de "Dark Angel" la noche del...

Notas al margen

<omissis>

El presente reporte y los archivos son puestos a disposición de la Fiscalía y a las divisiones oportunas de la Policía del Estado para indagar sobre los supuestos crímenes al patrimonio, a la persona...

<omissis>

... por tanto, quien suscribe aconseja un suplemento de investigaciones para verificar las incongruencias concernientes al delito Bonomi.

<omissis>

—Entre, Montorsi... y acomódese.

Nuevamente en la oficina del comisario Rossi, de frente a su escritorio, dominado por la gran ventana de dos hojas por la que se filtra, a través de las cortinas de lino blanco, la ahora tenue luz del crepúsculo que deja caer largas y espigadas sombras del escaño en piel oscura y los adornos que se apoyan sobre la caoba.

Cada vez que entro en esta oficina advierto una sensación de temor mezclada con una suerte de reverencia hacia la persona que la ocupa.

Hoy es diferente.

El temor ha dejado el lugar a la certeza que el coloquio que afrontaré dentro de poco, marcará para siempre mi destino.

Soy consciente de lo que he hecho, de los motivos que me han empujado a actuar como hice, segura de haber encarado los eventos en el mejor modo posible y, serenamente, voy a aceptar las inevitables consecuencias.

—Primero que nada, quiero felicitarla por la brillante solución del caso... siempre pensé que es usted uno de los mejores agentes bajo mi comando, y los hechos lo han demostrado.

—Señor yo...

Rossi hace una señal con la mano y me calla—. ¡No me interrumpa, Montorsi! El magistrado ha cerrado el caso... ahora calle y déjeme terminar.

Hago un movimiento afirmativo con la cabeza y vuelvo a escuchar.

—... precisamente porque es usted uno de mis mejores agentes, me

duele mucho perderla, sobre todo de esta manera, pero cada quien es artífice de su propio camino...

Rossi hace una pausa, me dirige la mirada y me escruta con profundidad, buscando en mi rostro alguna señal de estupor que no aparece—. Hmph... — murmura—... su seguridad la traiciona, Montorsi... ya ha comprendido todo, sin embargo, permítame... cómo decir... regañarla... sí, regañarla una última vez, esperando que este nuestro coloquio la haga reflexionar sobre su futuro.

Rossi extrae del cajón un montón de hojas y me las da—. Este expediente contiene los dos actos concluyentes de esta historia y sucede que usted los firma... pero antes le contaré el final de esta historia...

Tomo las hojas y las giro hacia mí. Sobre la primera en el extremo superior izquierdo, bajo el encabezado de la Policía de Estado, están indicados lugares y fecha; un poco más abajo después de “objeto” está escrito “otorgamiento de asignación”.

—Después de la polvareda que usted ha levantado en cuanto al caso Bonomi y las intrigas, o presuntas intrigas, de carácter político-sexual que se llevarían a cabo entre los muros del local, ya puesto bajo incautación judicial, llamado Dark Angel, alguien del alto mando... las altas esferas, como acostumbran decirle ustedes los jóvenes... bien, me ha pedido su cabeza. Era una muy fácil conclusión a la cual llegar, dados los nombres de las personas a las que les ha pisado los pies, y que su buen amigo Scala ha soltado en primera página gracias a su ayuda.

Rossi se interrumpe y me mira directo a los ojos no encontrando ningún signo de arrepentimiento o remordimiento en mi mirada—. A pesar de que muchas de sus “fechorías” no aparecen en los reportes oficiales del caso Bonomi, como habíamos acordado, queda indeleble el hecho de que usted ha hecho uso de unidades móviles, así como de la Dirección de la gestión patrimonial, asumiendo delitos como prostitución, manipulación de acciones, malversación, abuso de poder y no sé cuántos otros cargos le vinieron a la mente... todo a cargo de algunas de las personalidades más ilustres de nuestro País... cuyo único delito, digámoslo, fue encontrarse en el lugar equivocado en el momento equivocado. ¿Se esperaba algo diferente?

—Señor...

La voz de Rossi se hace atronadora.

—Calle, Montorsi, ¡quédese callada! Francamente, usted no tiene tacto alguno. Todos sabemos bien qué raza de clase política gobierna este país, pero honestamente, en toda mi carrera, siempre he buscado tenerme a distancia lo más posible, y cuando no ha sido posible, al menos he tratado de actuar a putillas. Usted, en cambio, es una excavadora... con sus indagaciones ha puesto a todos de cabeza... en la oficina del procurador los abogados de los “honorables” parlamentarios se despedazaban vivos... ha hecho aparecer en primera página las fotos de estos señores sin una sola prueba... ¿qué se cree? Estos señores no habrían llegado a donde están si no fuera por saber evadir a la prensa... usted fue estúpida e imprudente.

Después del súbito ataque de ira, la voz de Rossi se aplaca y vuelve a su tono paternal que la había acompañado hasta hace un instante.

—He buscado defenderla en todos los modos posibles, remarcando su impecable estado de servicio, en el hecho de que ha resuelto el caso... pero no hay nada qué hacer... digamos que su “castigo”, además de ejemplar, tiene ese gusto irónico que tanto le gusta, y le evitará por lo menos una comisión de investigación y una indagación por abuso de autoridad... pero no creo que la solución le causará placer... además de que no me gusta a mí... sin embargo, el procurador ha tomado esta decisión irrevocable, por lo tanto, a partir de este momento usted ya no está al servicio de esta comisaría.

Pensaba poderlo soportar, pensaba en una feroz reprimenda... pero honestamente, este es un duro golpe... un momento... pero ¿la carta con la asignación? No comprendo.

—Usted ha sido promovida al cargo de comisario... lo codiciaba mucho... y sí, será el comisario más joven de la historia de la Policía del Estado... le esperan dentro de treinta días en el comisariado de Riva del Garda para tomar servicio. Hasta entonces, está suspendida; aproveche este tiempo para reposar y reflexionar en sus acciones.

—Riva del...

—Exacto, Montorsi, este es su castigo... firme los documentos.

Aturdida todavía por las palabras del comisario firmo las dos actas, la de mi consagración y la que pone fin a mi brillante, pero breve carrera,

relegándome a un perdido poblado.

—Es todo, ahora puede irse...buena suerte.

Mario me espera afuera de la puerta de la oficina del comisario.

—Mirada oscura, Giulia... imagino que no te fue bien.

—¿Qué quieres que te cuente primero, la buena o la mala noticia?
Admito y no concedo que se pueda definir así.

—Comienza con la buena.

—Ya no soy más inspector: puedes pasar a retirar tu apuesta.

A mis palabras, una sonrisa complacida se estampa en el rostro del superintendente.

—¡Te han promovido! ¡Es una espléndida noticia... ex inspector Montorsi! ¡Debemos festejar! —Los ojos de Brizzi brillan de una felicidad sincera, y una sonante carcajada enmarca su exuberante entusiasmo—. Estoy en verdad muy contento por ti, Giulia, te lo mereces.

Le sonrío, a pesar de que en mi ánimo se albergan rabia y desilusión derivadas de las noticias recién recibidas: mi transferencia es el definitivo encubrimiento de las investigaciones.

Mientras nos encaminábamos hacia mi oficina, entre largos corredores asépticos intercalados por otras oficinas similares a la mía, decido callar a Mario que muy probablemente sea la última vez que trabajamos juntos.

22

Divertido respondo: — A propósito, Kris...

—¡Así me gusta! Dime.

Ha llegado el momento de liberarse ese poco de consciencia que me queda y revelar a la chica los detalles de detrás de la escena de todo lo sucedido, que hasta ahora he custodiado celosamente. Esa parte de la historia que hasta ahora había omitido todas las veces que la he contado.

—...Tal vez es momento de que te cuente toda la verdad.

—¿Verdad? No comprendo...

—Es mejor que comience desde el principio... ponte a mi lado.

La chica se sienta en el camastro: — Está bien. Aprovecharé para ponerme un poco de bronceador.

Se desata el traje bermellón, liberando sus pechos placenteros a la vista y al tacto, extiende con cuidado la toalla y se acuesta boca arriba, no antes de haberse puesto un par de gafas de sol.

Desde aquella postura, introduce una mano en la bolsa apoyada en la arena y extrae una botella de crema solar. Quita la tapa de la botella, la inclina y hace caer un poco del denso fluido sobre su pecho. El contacto de la crema fresca con su cuerpo cálido le provoca un temblor que le endurece los pezones.

Se da vuelta hacia mí y, a través de las gafas oscuras, imagino su mirada maliciosa mientras pronuncia entre dientes: — ¿Quieres continuar tú?

Con la cabeza le hago una señal de disidencia.

Resopla—. ¡El mismo de siempre! Está bien, me las arreglo sola.

Se sienta y comienza a colocarse la crema sobre los pechos, sobre el cuello, descendiendo voluptuosamente sobre el vientre y las caderas con ambas manos. Luego se levanta y verte un poco más de crema para masajearse los muslos y los glúteos hasta los tobillos. Cierra la botella y la vuelve a colocar en la bolsa, reclina la espalda en el camastro, finalmente se acomoda: — Estoy lista.

Comienzo mi relato.

—Ya te he dicho que antes de ser el presidente de la Sarca Farmacéutica fui un químico... muy bueno también.

—No, pero lo sospechaba.

—Han pasado más de cinco años desde que di ordenes al laboratorio de la Sarca para desarrollar una molécula que yo y Francesca, mi jefe químico, habíamos sintetizado hacía varios años.

—Imagino que estás hablando del principio activo del Cortonic.

—Exactamente, la fuente de mi fortuna. Sin embargo, aquella molécula tenía un gran defecto y, desgraciadamente, a pesar de cinco años de investigación y de millones de gastos, todavía aquel defecto no ha sido eliminado, sino que, para ser honestos, los últimos años de investigación sobre el Cortonic iban dirigidos ya no a eliminar el defecto sino a esconderlo; debo decir que mi equipo ha hecho un trabajo excelente: el Cortonic hoy parece perfecto y no hay modo alguno de imputarlo como causa primaria de muerte.

—¿Me estás diciendo que el Cortonic es potencialmente mortal? ¿Qué has metido en comercio un fármaco que, en lugar de salvar vidas, tiene el efecto opuesto?

—No me malentiendas, el Cortonic es revolucionario, único en su género. En personas afectadas de cardiopatía ayuda a la estabilización y a la regresión de la enfermedad, en las que sufren de infarto es resolutivo en el ochenta por ciento de los casos: un verdadero fármaco salvavidas.

—No entiendo, ¿dónde está el problema?

—El problema nace si el Cortonic es suministrado a un paciente sano: causa un infarto del miocardio después de tres horas del consumo.

—Lo que quieres decir es que en caso de diagnóstico equivocado...

—Ya encontraste el problema: en caso de un diagnóstico errado provoca la patología que tendría que curar, con efectos desastrosos que llevan a muerte segura.

—Pero las pruebas de laboratorio, los exámenes clínicos, la experimentación, todo proceso ...

—Ha sido suficiente alterar los exámenes clínicos... y es aquí donde comienza la historia.

—Ahora estoy perdida. Creía que los resultados los había manipulado tu jefe químico por orden de la Taurus, para que Sarca se hundiera y...

La interrumpo una vez más.

—Oh Dios mío, sí, es así. La Taurus, con la complicidad de mi exmujer,

ha buscado degradar el fármaco para hacerlo parecer dañino, ponernos contra las cuerdas y tomar el control de los paquetes accionarios de la Sarca a bajo costo... yo habría perdido todo y, en sus intenciones, Bonomi se habría encontrado con una empresa y un fármaco que, en breve tiempo, le habrían llenado las manos de oro. El punto es que los datos ya habían sido falsificados por nosotros previamente y, por tanto, me vi obligado a actuar para cubrir las huellas.

—Al final de cuentas se ha tratado solamente de una mera cuestión de dinero.

—No solo. Una empresa debe, sobre todo, sacar provecho, pero mi sueño siempre fue el de entrar en la historia y, cuando junto a Francesca desarrollamos la molécula, sentí que podía ser la oportunidad de nuestra vida... además, hay todavía un elemento que no te he revelado y que ha causado todo.

—¿Cuál sería?

—Laura.

—¿Laura? ¿Qué tiene que ver en todo esto?

—Como sabes, Laura era mi secretaria personal, pero no solo esto. Se ocupaba de la supervisión de la investigación, de la verificación de los protocolos... de todo lo que tenía que ver con el Cortonic... es gracias a ella que descubrí los planes de Bonomi... su muerte fue un trágico incidente, pero yo soy culpable.

Kris contrabate: —En este momento podría verte como principal señalado de una futura matanza en masa, pero no comprendo en qué manera puedas ser culpable de un robo que terminó mal.

—El día del robo Laura llevaba consigo algunos documentos que comprobaban el engaño de Bonomi, pero también el mío. Los documentos no deberían haber salido de la Sarca, pero Laura era demasiado puntillosa y precisa y había decidido estudiarlos en casa con comodidad... si no hubiera intervenido, habría descubierto mi secreto, el secreto del Cortonic... fui yo el demandante de aquel intento de hurto... cierto que no me imaginaba que tuviera aquel epílogo... recuperé y destruí los documentos...

La voz se me rompe a causa de la tensión y del sentimiento de culpa que desde entonces me acompañan, mientras mi boca está por

pronunciar aquello que desde hace tiempo he aceptado dentro de mí—... y con ellos la vida de mi mejor colaboradora y la de mi hermano.

Kris se pone de pie, se quita las gafas de sol y me dirige su mirada atónita y llena de incredulidad.

Trascurren varios segundos de un silencio antinatural, interrumpidos solamente por el vaivén de las olas, luego Kris, superada la conmoción de la noticia, rompe el suspenso.

—He estado a tu lado por todo este tiempo, sin preguntarte nada; te he seguido siempre, incluso cuando... —duda un momento, vacila. Las palabras de Kris se detienen en el aire, luego, casi con un ataque de ira, grita: — ¿Por qué me cuentas todo esto, ahora?

Con calma casi prosaica, pero con tono decidido, le respondo: — Volvamos al bungalow... todo te será más claro.

Me levanto del camastro poniendo los pies sobre la arena abrasadora y espero a que mi espléndida amante se cubra con un pareo y recoja su bolsa.

Luego, juntos, nos dirigimos a nuestro alojamiento, ella silenciosa y siempre dos pasos detrás de mí, yo con paso firme e impaciente por liberar definitivamente mi conciencia.

23

... y cerramos el telediario con una noticia de economía. La Sarca Farmacéutica, conocida empresa productora del fármaco salvavidas Cortonic, pasa oficialmente a manos de la Taurus luego de un largo y turbulento acuerdo que ve la Taurus adquirir el paquete accionario del expresidente Marcello Renzi, que deja la cabeza de la empresa luego de dieciocho años. Durante la gestión, Renzi, que últimamente ha declarado retirarse a la vida privada, recordamos la luminosa ascensión de la Sarca desde ser una pequeña empresa familiar a remunerada realidad en la bolsa, el descubrimiento y la comercialización del Cortonic, hasta el drama de hace unos años con la prematura desaparición de la mujer...

Estiro el brazo hacia la mesita, estirándome con fatiga para llegar al botón para apagar el televisor. Cuando finalmente lo alcanzo y lo toco con los dedos, termina el incesante hablar del “Quico Metralla”, en mi mente comienzan a emerger recuerdos que creía ya lejanos.

De pronto me doy cuenta que estoy acostado en la cama.

Tuve otro ataque. Ya son cada vez más frecuentes y no hay más manera de esconderlos a Kris, que debe haberme socorrido de alguna manera al volver de la playa y que ahora me mira con ojos compasivos, sentada al borde de mi cama.

—Quédate tranquila —busco calmarla—. No ha sucedido nada.

Su tono se ha vuelto serio, pero se queda quieta; supongo que todavía está asustada por el espectáculo que le he dado... ¿cuánto tiempo ha pasado?

—¿Nada, dices? En cuanto volvimos te sentiste mal y...

—Shhh, shhh... tranquila... para un hombre en mis condiciones todo es normal. Desde hace cuánto...

Su mirada conmocionada se transforma en furiosa.

—¡¿Normal?! Entraste en la recámara, encendiste la televisión, luego de pronto te desplomaste en la orilla de la cama... es casi media hora que estuviste en estado de inconsciencia. Con esfuerzo logré ponerte en la cama e hice llamar a un médico y ¿tú me dices que todo es normal?

Reúno todas las fuerzas que tengo en el cuerpo y luego, determinante, le grito: ¡Ya basta! Y Escucha.

Ante mis palabras, pronunciadas con la maldad necesaria, Kris se queda muda.

—Ahora haz exactamente lo que te pido... por favor. —Mi tono ahora condescendiente parece surtir el efecto deseado: a pesar de su mala gana, Kris acepta.

—Llama a la recepción y tranquilízales diciéndoles que el médico no es necesario, luego ve a la caja fuerte, toma todo lo que encuentres dentro y tráemelo... ¿está claro?

Kris asiente otra vez.

—Ve, pronto, y no te preocupes, yo estaré bien.

Kris se levanta de la cama y se dirige titubeante hacia la sala de estar. Se detiene y se da vuelta hacia mí para cruzar con mi mirada. Luego se voltea y procede con paso más decidido, pero, en cuanto llega a la entrada de la recámara, vuelve a voltear hacia mí.

Con la mirada le hago una señal para que vaya.

Espera un momento en el umbral, entonces su figura desaparece a través de la puerta.

De un lugar impreciso de la sala escucho provenir su voz que habla en un perfecto inglés a través del teléfono, explicando a quien está del otro lado que la visita médica ya no es necesaria.

Luego, largos e interminables minutos de silencio.

Apoyada sobre la cómoda a mi derecha hay una botella de agua con un vaso de plástico al lado. Abro la botella y me sirvo un vaso, luego lo pongo sobre la cómoda.

Con trabajo abro el cajón y extraigo el contenedor de las píldoras. Lo inclino y hago deslizar una de las pastillas sobre la palma de mi mano.

Llevo la píldora a la boca y la trago, ingurgitando un sorbo de agua para ayudarme.

Cierro el frasco y lo vuelvo a colocar en el cajón de la cómoda, entonces lo cierro y dejo escapar un largo suspiro.

El silencio prosigue hasta que Kris aparece en toda su belleza en la puerta de la recámara.

Todavía lleva puesto el traje bermellón y envolviendo su cintura lleva el pareo. Los largos cabellos rubios húmedos y empapados de sal enmarcan sus espléndidos rasgos, contraídos por el susto, y sus ojos

reflejan preocupación.

Viene hacia mí y, antes de sentarse al borde de la cama, en la misma posición en que me encontraba yo al despertar, deja lo que le he pedido que tome de la caja fuerte sobre mi regazo: una foto enmarcada, un estuche para anteojos y un sobre en formato A4 que contiene documentos.

—¿Por qué no me has dicho nada?

—¿Leíste los documentos?

Kris se suelta a llorar. Las lágrimas corren copiosas sobre su rostro a pesar de intentar detenerlas con la mano.

Entre sollozos y una respiración afanosa prosigue: — No respondas a mis preguntas con otras preguntas. ¿Por qué no me has dicho nada? ¿Desde cuándo lo sabes?

—Cuatro años... y, aunque te lo hubiese dicho, no hubieras podido hacer nada... esta es la última herencia de mi padre.

—Pero ¿Por qué? —Sus palabras de nuevo fueron interrumpidas por el llanto que se hizo más insistente.

—No me queda mucho tiempo. Estoy enfermo de una degeneración corticobasal y el proceso degenerativo está llegando a su conclusión...la enfermedad es genética e incurable... estoy resignado desde hace tiempo a aceptar mi condición.

Con toda la fuerza y el valor que puedo, comienzo a darle las explicaciones que merece.

Tomo el estuche y lo abro. En su interior está aquella maravilla de mecanismo de precisión que he conservado con cuidado desde el día en que mi hermanastro me lo consignó, el día en que decidí planear todo.

—Kris, este es el único objeto que ha representado efectivamente un vínculo entre Marco y yo. Nuestro padre lo comisionó a un famoso artesano suizo, y es una pieza única en su género. El diseño particular en el bisel, retomado en el cinturón de acero, el fondo con el águila bifronte... sí, tal vez un poco de mal gusto, pero único. Dejando de lado su valor económico, siempre ha representado para mí y para mi hermano el objeto del deseo desde la juventud... era un objeto especial, para usar solamente en grandes ocasiones y para cuidar celosamente por el resto del tiempo.

Kris se seca las últimas lágrimas del rostro, a pesar de que los ojos ya están hinchados.

Yo prosigo con mi relato.

—Cuando nuestro padre murió dejó la dirección de la empresa a mí, y a mi hermano, que entonces era muy joven, dejó parte del patrimonio, que le consintiera terminar los estudios, y este reloj. —Tomo la fotografía enmarcada:

— ¿Has visto esta foto?

—Sí —Solloza Kris—. Es la misma foto que la inspectora me hizo ver durante el interrogatorio; son tú, Marco, Laura y Francesca.

—Exacto. Era el día en que Marco ingresó a Sarca Farmacéutica, y fue tomada a la entrada de la empresa que se ve en el fondo. Como puedes ver, Marco porta este reloj, porque aquella era una ocasión importante... entre otras cosas fue justo en aquel momento en que Laura y Marco se conocieron y, por lo que se intuye de la foto, su abrazo espontáneo, su sonrisa... habrían debido tener un futuro largo y brillante.

Hago una pausa y bebo un largo trago de agua del vaso de plástico, que luego vuelvo a poner sobre la cómoda.

—Aquella foto fue tomada por Angelo, el hijo de Francesca, que en aquella época apenas había salido de una comunidad de recuperación para drogadictos... yo ayudé a Francesca a recuperar la vida de su hijo, también financieramente, y unos años después le pedí a él un favor a cambio... le pedí recuperar los documentos que Laura había sustraído de la Sarca.

Le vuelve a Kris la mirada atónita que había tenido una hora antes en la playa; sin embargo, ahora no me importa, todavía tengo poco tiempo y debo terminar, ella merece conocer toda la verdad.

—Algunos meses después de la muerte de Laura descubrí estar enfermo, dándome cuenta de los primeros temblores y de las deficiencias, por lo que decidí explotar a mi favor el profuso compromiso de Bonomi en espíarme y sabotear mi investigación para aventajar a mi hermano: a mi muerte él habría tomado en sus manos las riendas de la Sarca y, después de haberlo privado del amor de su vida, habría hecho todo lo posible por hacerme perdonar. Podía contar con la fe ciega de Francesca, que nunca me traicionaría, y el desafortunado incidente de su hijo fue

para mí un múltiple golpe de fortuna: las investigaciones sobre la muerte de Laura cesaron, nadie habría nunca sabido de mí y de mi intriga y, además, ayudando al hijo de Francesca, me habría garantizado su silencio en las indagaciones, aunque fuera el caso que hubiera acabado nuestra amistad.

La compasión en el rostro de Kris deja por un momento espacio al cinismo:

—Pero algo no ha funcionado...

El momento de su llanto parece ya un lejano recuerdo. Distingo casi una sonrisa sobre su rostro. Intercambiamos una mirada cómplice y luego continúo. —Algún tiempo después Marco parecía haberse repuesto de la muerte de Laura, pero en realidad no era así. Después de que la policía cerró las indagaciones, Marco decidió dedicar su vida a descubrir quién había matado a Laura y comenzó a indagar por cuenta propia tamizando y hurgando todos los documentos sobre los que había trabajado Laura; estaba convencido, con razón, que ahí se escondiera la solución del enigma que lo atormentaba. Cuando descubrí el espionaje industrial del que éramos víctimas, llegando a la misma conclusión de Laura me contó todo y me consignó el reloj de nuestro padre como prenda por la venganza que quería cometer; en aquel momento me di cuenta amargamente que me había casado con una mujer avara, que quería solo mi dinero y sin escrúpulos a tal punto de volverse amante y cómplice de mi competidor... pero todavía más grave fue el darme cuenta que, de cualquier manera, debía obstaculizar a mi hermano para que no supiera toda la verdad.

Me doy cuenta que el tono de mi voz se ha hecho más grave, como el peso de mis culpas; ya estoy llegando al final.

—En la convicción de bloquear a tiempo la veleidad de mi hermano, busqué contratar a Scala, un periodista de prensa amarilla milanesa que en aquella época se había ocupado del incidente de Laura, para que hiciera públicas ciertas noticias; pero, la misma noche, Marco mató a su secretaria, también embrollada en el asunto... Y no solamente: por una extraña broma del destino, consignó a Scala el expediente que había reconstruido, comenzando así la compleja maquinaria que ha llevado a Marco a matar a mi mujer, y a nosotros dos a planear e interpretar el

asesino de Bonomi y la muerte misma de mi hermano.

—Amor, no comprendo: has dicho que querías beneficiar a tu hermano... pero planeamos el homicidio de Bonomi para hacer recaer la culpa sobre él ¿o me equivoco?

—No, no te equivocas. Quería vengarme de Bonomi, un hombre que estaba usando pero que había planeado destruirme... y Marco había descubierto toda la verdad sobre la muerte de Laura, incluido mi implicación: debía bloquearlo a todo costo... además, no has tenido en consideración dos hechos importantes.

—¿Cuáles serían?

—El primero es que te conocí: en estos dos años estuviste cerca de mí y me has dado la fuerza para combatir mi enfermedad, pero ya entonces te amaba con locura... Marco había decidido consumir su vida en la venganza que se cumpliría solo con mi muerte, pero yo tenía a alguien a mi lado, alguien a quien debía dar un futuro y...

Sus ojos vuelven a brillar con lágrimas, pero su mirada ahora está llena de amor. Me siento envuelto en un calor tenue que me calma desde lo profundo. Su mano me acaricia la mejilla, luego se inclina sobre mí y sus labios tocan los míos.

—Te amo, Kris...

Su mirada vuelve triste, consciente que no me queda mucho por vivir.

—Estaré cerca de ti hasta el final, Marcello... tendremos todavía muchos días felices por delante.

—No, no los tendremos, Kris... el segundo hecho importante es que ya estoy cansado de combatir la enfermedad y el sentimiento de culpa. La justicia debe seguir su curso... abre el cajón de la cómoda.

Su imagen me acompaña, mientras cierro los párpados y espero que el Cortonic surta su efecto.

Kris se suelta a llorar, pero ya no puedo escucharla más.

AGRADECIMIENTOS

Un fuerte abrazo a Norma que hace algunos años me empujó e estructurar este mi segundo trabajo y por caracterizar al inspector Montorsi, que espero que se quedará conmigo mucho tiempo.

Agradezco y dedico la novela a Ilaria que, además de corregir puntuación, me ha enseñado que la “vida nocturna milanesa” se encuentra solo en corso Como y en los Navigli y que la gabardina de julio la porta solo el teniente Colombo.

Un beso a la atemporal Pamela que me ha puesto en contacto con Roberta: espero haber captado plenamente sus consejos para escribir parte de las escenas eróticas desde el punto de vista femenino.

Un debido agradecimiento va para Marcela por el espléndido trabajo de traducción y a mi cuñada Yara que ha revisado la adaptación del texto a pesar de que mi sobrino absorba la mayor parte de su tiempo.

Sin conocerlo, estimo muchísimo al periodista que me ha inspirado la figura de Federico Menti. Espero que, si acaso lee esta novela, no tenga resentimientos por la caricatura que le he hecho.

Finalmente, un gracias a todas las personas que me han premiado leyendo la novela: el siguiente no se hará esperar mucho.

Andy Ben es el pseudónimo de Andrea Calvi, nacido en Milán el 10 de diciembre de 1972.

Graduado en Ingeniería en Electrónica en el Politécnico de Milán.

Desde enero del 2001 ha trabajado como proyectista de hardware y firmware para empresas operadoras en el sector ferroviario y aviónica y, actualmente, continúa con la misma actividad en el ramo de la automatización industrial.

Entre 1988 y 1990, junto a varios amigos, funda la pop band "I bionici" tocando covers y piezas propias entre las que se encuentran "Ragazza" y "Ragazzo disperato", de las que es autor y arreglista.

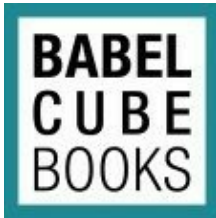
Publica su primera novela "Ti ho scritto una mail" en 2010.

En enero del 2015 publica su segunda novela "Desgarro" ("Squarcio") .

En octubre del 2015 publica el cuento "Il mio ultimo giorno" en la antología de suspenso "Buio".

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales
—— Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web: _____
www.babelcubebooks.com